

28 Jul 76

18047

Leg 1847

276

5-85

647-4314

BREVES NOCIONES



Historia de España



DON TEODORO ALVAREZ,

destinadas à servir de lectura para
los niños de instruccion primaria
en las

ESCUELAS Y COLEGIOS.

T. Morera
6276
2ª parte.

Lit. de Ginés Ruiz. Espiritu-Santo, 18. Madrid

BREVES NOCIONES

Historia de España

DON TEODORO ALVAREZ

Es propiedad

[Faint signature and illegible text]

Reinado de los Reyes Católicos.

El principal escollo con que tropesaron los reyes Fernando e Isabel al ocupar el trono de Castilla, fue el derecho que a Doña Juana la Beltraneja parecía asistirle. Su tío el rey de Portugal, prometió casarse con ella, y se declaró defensor suyo, sin que dejara de encontrar apoyo en algunos grandes y en diversas ciudades. Mas vencido por don Fernando en la batalla de Toro, le un-

ció al trono de Castilla, y la mano de Doña Juana.

Con esta Victoria, puede decirse, se inauguró el reinado de Isabel la Católica, que entró en pleno goce de los poderes reales.

Desde que Pelayo dió el grito de independencia en las montañas de Asturias, no cesó un instante España de luchar por verse libre de extranjeros conquistadores: su tendencia a concluir con la dominación árabe, fué irresistible, y jamás se sintió debilitada.

¿También había de decir que aquella monarquía carcomida que de su peso cayó en mil fragmentos a perderse en la corriente del Gua-

dalete, resucitaria despues con vigor
sin igual para conseguir triunfos
tan memorables sobre los enemigos
de su religion?

¿Quién habia de calcular que
la aislada voz de Pelayo encontra-
ra robusto eco no solo en las rocas
asturianas, sino en toda España,
y en todos los tiempos que á
la iniciativa de su pensamiento
sucederon?

¿Quién habia de suponer que
aquel pobre rincón del occiden-
te serviria de pedestal inde-
structible á la gobernacion de
Isabel I.

Pero.... no debe extrañar-
se que así sucediese, pues no

se trata de un pueblo insignifi-
 cante, se habla de España, se
 habla de una de las naciones
 mas gloriosas de la tierra, que
 no por haber nacido en ella de-
 bimos desconocer las glorias de
 nuestros padres. Nosotros conta-
 mos entre los escritores que nos
 envidia el mundo, a 'Alfonso
 X, a 'Santa Teresa, a 'Calderon,
 a Cervantes; entre nuestros
 inmortales pintores, a 'Riviera,
 Juan de Juanes, Murillo y Vé-
 larquer, y a mil y mil ge-
 nios asombro de las gentes. Nos-
 otros detuvimos a los árabes
 en Covadonga, en Clavijo y
 en Simancas, a los almora

vides en Jativa y en Calatrava, a los almohades en las Navas, y a los benimerines en Tarifa, y no cabiendo ya nuestra gloria en el mundo, segun la magnifica expresion de uno de nuestros mas grandes oradores, hubo Dios de susar el planeta de tal suerte, que alli donde las olas iban a chocar, alli encontraban la bandera española.

El proposito culminante de los Reyes catolicos fue, pues, la destruccion de la rra Arabe, contra la que dirigieron sin descanso su tregua sus comunes esfuerzos. Habiendo

mandado los reyes de Castilla
 enviados al moro de Granada,
 reclamando el tributo que sus
 antecesores pagaban, contesto
 que ya habian muerto los re-
 yes de Granada que pagaban
 tributo a los cristianos, que en
 Granada no se labraba oro
 para Castilla, sino alfanjes
 y hierros de lanza. Al saberlo
 Don Fernando, lleno de indigna-
 cion, exclamo: Yo arrancare los
 granos a esa Granada uno a uno.
 Tan luego como la tranquili-
 dad de sus estados se lo permi-
 tio, se consagraron a humillar
 el orgullo de la media luna,
 estableciendo como plande cam-

para el iv estrechando por gra-
dos el círculo de bloques, apo-
derándose de las pequeñas fortale-
zas intermedias, hasta la
capital.

Consecuencia de este plan
fue la toma de Alora en 1484,
la de Corin en 1485, a que si-
guieron las de Cartama y
Bonda, ciudad situada enci-
ma de una roca, y defendida por
torreones y castillos fabrica-
dos sobre piedra viva. En
este sitio se situó por su
arroyo el héroe Don Juan Fa-
jardo, alférez del ejército cris-
tiano, que habiendo conseguido
de escalar una casa, fue sal-

tando de tejado en tejado, hasta llegar á la merquita principal, en cuya cúpula clavó el estandarte de la Cruz, causando el asombro de los moros y la admiracion de los cristianos. En 1486 tomaron á Loja, y sucesivamente á Ilora, Moclin, Montefrio, Colomera y el Salas. Vélez-Málaga se rindió en 1487. Al sitio de Málaga, que se puso á continuación, acudió en persona la Reina Isabel.

Un santo moro, Abraham el Jeteri, fué mandado por Dios para libertar á Málaga, e hizo de mane-

ra que los soldados cristianos
 le prendiesen. Estando descan-
 sando el Rey en aquel instante,
 fue conducido a la tiendarome-
 diata, donde se hallaba la Mar-
 quesa de Moya jugando a las
 damas con Don Alvaro de Portu-
 gal. Ofuscado el suero por la
 riqueza de la tienda y el lujo
 de los personajes que en ella
 habia, temo los por los reyes, y
 aprovechando su descuido, saco
 un puñal con que hirio en la ca-
 beza al caballero, y que hubie-
 ra clavado en el pecho de la
 Señora, a no haberse embotado
 el arma en los bordados de su
 vestido. A los gritos, acudie-

ron los soldados, que dieron muerte al asesino, lanzando su cuerpo dentro de la plaza. Los malos queños tomaron venganza de ello, matando a un hidalgo gallego, y atando su cuerpo a un pollino que encaminaron al campamento cristiano.

En Agosto de 1487 se rindió Málaga, cuya conducta fue visitada por Baza, Almería y Guadix.

Por último, llega el momento de poner sitio a Granada. Sería interminable relatar todas las proezas y rasgos de valor y generosidad llevados a cabo por los caballeros cristianos.

El Man Pizar del Pulgar pe-
netró una noche en Granada, se
guió de algunos compañeros, y
llegando a la Puercueta, clavó
en la puerta con su spinal un
pergamino donde se leía esta in-
vocación: Ave Maria, corriendo
grave riesgo al pretender se-
tirarse.

Habiéndose incendiado ca-
sualmente el campamento cris-
tiano, se construyó una ciudad
frente a Granada, con el nombre
de Santa Fe.

Agotados todos los recursos
por parte de los granadinos,
y perdida la artillería, de
que se hicieron dueños los cris-

tramos, fueles preciso entregar la ciudad, segun se llevo a cabo el 2 de Enero de 1492, con lo cual se realizo el gran acontecimiento del siglo XV.

Cerca de ocho siglos habia durado aquella encarnizada lucha de dos varas, de dos principios que rivalizaban en obstinacion y supe, sin que los reveses mas duros bastaran a extinguir el ardor religioso y patriotico de los cristianos, ni los triunfos mas colmados concedieran a los arabes la influencia necesaria para sojuzgar aquella valiente vara, derrotada muchas veces, pero jamas vencida ni humillada.

Junto á una pequeña mer-
 queta, orilla del río Genil, esta-
 ba el rey Fernando esperando las
 llaves de la ciudad que habia
 de entregarle Boabdil el Chico,
 último Rey de Granada. Cincuenta
 caballeros musulmanes le acompa-
 ñaban. Don Fernando no consin-
 tió que el vencido se apease pa-
 ra besarle la mano. En señal de
 vasallaje, antes al contrario, le
 abrazó y consoló en la profunda
 pena que embargaba su alma.

Los reyes Don Fernando y
 D.^a Isabel tomaron posesion de
 la Alhambra, verificando su en-
 trada solemne en la ciudad cua-
 tro dias más tarde.

Boabdil se retiró con los suyos a la Alpujarra. Al subir a una colina, volvió pronto de ver donde se dirigaban las altaneras torres granadinas, el desgraciado Boabdil se detuvo, y fijando su vista en aquella memorable ciudad, perdida para siempre, vertió una lágrima, y exhalando un profundo suspiro, dió el postrer adiós a Granada.

Se refiere que al verle su madre, le dijo: Haces bien, hijo mío, en llorar como mujer, ya que no has tenido valor para defenderte como hombre. Desde entonces, se llama aquella minencia, el Suspiro del Moro.

Terminada la conquista de Granada, se dedicaron los reyes Católicos a mejorar la administración.

Crearon la Santa Hermandad, institución que serviríamos como para a nuestra guardia civil, y cuyo objeto era perseguir a los malhechores de todas clases y jerarquías. Instituyeron el tribunal de la Inquisición que otros llaman el Santo Oficio, encargado de velar por la pureza de la fe, y del cual se abusó después hasta un grado indecible.

Pero sobre todos los hechos de la época de este reinado, des-
cuello el

Descubrimiento del Nuevo Mundo.

Cristóbal Colón, nacido en Génova por el año 1446, estudió en Pavia el latín, las matemáticas, la geografía y la astronomía. Su trato con los navegantes portugueses, los viajes que oía referir, las ideas que el estudio hacía germinar en su mente, le hicieron adquirir la íntima persuasión de que la tierra era esférica, y siendo esférica, necesariamente se podía llegar a las Indias Orientales si girando un rumbo siempre al Occidente, y por tanto, sin tocar ni doblar el Cabo de Buena Esperanza, tan peligroso para los navegantes.

Se dirige á su patria para
 pedir auxilios, y no es oido. Portu-
 gal desatiende tambien su proposi-
 cion. Viene á España en ocasion
 en que los reyes Católicos estaban
 ocupados en la guerra de Granada,
 á pesar de lo cual fué recibie-
 do por la entusiasta y audaz
 Isabel; pero su proyecto, sujeto á
 una Asamblea de sabios que se
 reunió en Salamanca bajo la pre-
 sidencia de fray Fernando de Tal-
 vera, confesor de la Reina, fué
 desechado, por juzgarle en oposi-
 cion con el sentido de los textos
 sagrados y de la religion cristiana.
 Sin embargo, triunfó de todos el
 monje Juan Pérez de Marchena,

guardian del Convento de la Bávida, amigo de Colon desde su principio, cuyo persuasimiento defendió con tal calor, que llevó el convencimiento al animo de la Reina, y vencioó la repugnancia de Don Fernando.

La magnánima Doña Isabel se despoja de sus joyas por arbitrar recursos para tan colosal empresa, y merced aéllo funde el genoves, reunió una pequeña flota compuesta de tres naves: la Santá Maria, la Pinta y la Niña, que salieron del puerto de Palos de Moguer el 3 de agosto de 1492.

Hasta llegar aé las Canarias,

todo fue confianza y alegría; pero
 luego que aquellas gentes, aventu-
 rero, en su mayor parte, se halla-
 ron en medio de la inmensidad
 del mar, dieron comienzo sus se-
 celos, y los sufrimientos del immor-
 tal Colón. Un mes de navega-
 ción llevaban, sin que viesen
 el límite de su viaje; perdidos
 se veían los tripulantes, y sin
 tenerse sin fe, pensaron en
 volver su rumbo a España, a-
 repentidos de haberla abandonado.
 Tres días no más, les decía Co-
 lón, dadme sólo tres días, y si
 en ese espacio no descubrimos
 tierra, regresad a España en buen
 hora. Obedecieron a su ruego, y

felizmente, al segundo dia, empezaron a divisarse en el mar ciertas aves y plantas que anunciaban la proximidad de la tierra, y al amanecer el tercero contemplaron llenos de júbilo y de admiracion una costa para ellos desconocida, una region completamente ignorada: habian descubierto el Nuevo Mundo.

Aquella tierra fue bautizada por Colon con el nombre de San Salvador, porque su aparicion le habia salvado de una muerte segura que los suyos no hubieran vacilado en darle si su promesa no se hubiese cumplido.

Sorprendidos los naturales

con la presencia inesperada de tan extrañas gentes, creyeron los monstruos marinos abortados por el mar durante la noche, y fueron atemorizados; pero tranquilizáronse poco a poco, e incitados por la curiosidad, fueron acercándose, no sin recelo y precauciones, para examinar sus vestidos, sus armas y hasta el color de su cuerpo, tocando los unos y las otras con notable admiración.

Por algunos pedacitos de vidrio u otras baratijas de ningún valor, recibían los españoles gran cantidad de oro de aquel riquísimo país.

Se hizo Colon a la vela con los suyos, y descubrió otras tres islas a las que puso por nombres la Concepcion, la Fernandina y la Isabela; la primera en conmemoracion del dia en que la hallaron, la segunda dedicada al Rey Don Fernando, y la ultima a la Reina Doña Isabel.

Continuando su viaje al S. tropesaron con la isla de Cuba, a la que llamaron Juana, en honor del Principe de Asturias, llegando despues a Haiti que denominaron la Espanola o Santo Domingo. En este punto se fue a pique la principal de sus

naves, y como ya antes se habia separado la Pinta de su obediencia, quedo' unicamente con la Santa, todo lo cual le obligo' a pensar en su regreso a Espana, no sin dejar construida una fortaleza donde pudiesen resguardarse sus gentes de cualquier ataque de los insulares.

A los dos dias de emprender su viaje de regreso, se incorporo' de nuevo la Pinta; pero en la noche sobrevino tan recio temporal, que temeroso Colon de un naufragio que se quitase en el Oceano su descubrimiento, arrojó al mar dos barriles embreados, que contenian una relacion detallada de su viaje?

Calmada la borrasca, pudo arribar con felicidad la Pinta a Galicia, y la Nieta a Lisboa.

Los reyes Católicos se hallaban en Barcelona, y al tener noticia de la llegada del genoves, le ordenaron compareciese inmediatamente.

Todo su viaje por España fue una constante ovación, y el recibimiento que se le hizo en Barcelona debió ser magnífico, a juzgar por el entusiasmo que sus proezas excitaban. Dio Colon pruebas de todo lo que afirmaba con algunos indios que trajo en su compañía, con aves de variado plumaje, y otros productos que

las gentes se agolpaban á ver.

Durante su estancia en Barcelona, fue Colon objeto de toda clase de distinciones, se le concedieron singulares prerrogativas, y se le autorizó para que pudiera añadir á su escudo de armas, los de Castilla y Leon con un lema que dijese: A Castilla y á Leon, nuevo mundo dio Colon.

En Setiembre de 1493 se hizo á la mar la segunda expedicion, á cuyo frente iba el descubridor del Nuevo Mundo. En este viaje hallaron, entre otras, la isla de Puerto Rico.

Al volver los españoles

al sitio donde habian quedado sus compañeros del primer viaje, encontraron destruido el fuerte, y muertos sus defensores por los indios a quienes llegaron a irritar con sus excesos.

Dos años habian trascurrido desde el segundo viaje del arriesgado marino: las noticias que se recibian venian a probar su ardiente fe, su pasión por la ciencia, en abierta oposicion con la avaricia ilimitada de aquellos aventureros exploradores que le acompañaban, sin otra aspiracion que el lucro, sin más guia que el oro, y sin otro freno que la ley de la fuerza. De aquí

surgió la discordia, la envidia, la rivalidad, que hizo necesaria la venida de Colon a la Península, para dar explicaciones a los reyes, y responder a las inculpaciones que contra él se formulaban.

En Mayo de 1498 emprendió su cuarto viaje, descubriendo la isla de la Trinidad; pero toda la benignidad de aquel monarca a librarle de la maldicencia de sus contrarios, que lo eran en primer término los españoles. Los reyes oían continuamente quejas y acusaciones que empataban la buena fama del noble genovés, viéndose precisados a enviar un comisario regio con

amplias facultades. Suvanecido Don Francisco de Bobadilla con este cargo, y olvidando los grandes beneficios de que España era deudora al descubridor de aquellos ignorados países, le cargó de cadenas e hizo regresar a la Península. La Reina Isabel, aquella magnánima Señora cuya colosal figura ha eclipsado la grandeza de cuantas le han precedido y seguido en el solio, experimentó un verdadero pesar al saber los inicuos tratamientos de que había sido víctima su patrocinado, e hizo devolverle sus honores y sus bienes, menos el cargo de virrey de las Indias.

En 1502 emprendió Colón por quinta y última vez el derrotero en que nadie le había precedido, y descubrió la Guyana.

Entretanto la salud de la Reina empeoraba rápidamente, contribuyendo a ello la desgracia del fallecimiento sucesivo de todos sus hijos, y los síntomas de locura cada vez más acentuados en su hija D.^a Juana, heredera de la corona.

Desgraciadamente aquella Reina inimitable, esforzada en la guerra, prudente en los consejos, severa con el crimen, esforzada en la adversidad, carinosa en el seno de la familia, amante de sus

subditos, entusiasta por su reli-
gion, insaciable por el engran-
decimiento de sus estados, tan dis-
creta como modesta, tan cristiana
como ilustrada, falleció en Medi-
na del Campo a los 54 años
de edad y 30 de reinado, el 26
de Noviembre de 1504, siendo llo-
rada sin consuelo su irreparable
pérdida.

A pesar de que algunos no-
bles aconsejaban a Don fernando
que se hiciese proclamar rey,
dando como pretexto el estado
de demencia de su hija Doña
Juana, desechó el consejo, e hizo
reconocer a dicha Señora, jun-
tamente con su esposo Don Felipe.

el Hermoso, quedando Don fernando con el carácter de Gobernador regente.

En 1506 falleció en la Península Cristóbal Colón, pobre, abatido, y careciendo de lo que es indispensable para la vida: que con frecuencia, la humanidad ingrata se complace en desgarrar impasible el pecho generoso que abriga los grandiosos y titánicos proyectos de su regeneración y engrandecimiento. Ni aun cupo a Colón la honra de dar nombre a aquel mundo que había descubierto, el cual en cambio tomó el de América de un aventurero florentino que en

1499 siguió el derrotero abierto por el intrépido marino de Génova.

La falta de armonía entre Don Fernando y su hijo político Don Felipe, fue causa de que aquel dejase el suelo de España, para retirarse a sus estados de Nápoles.

Casa de Austria.

Felipe I.

Los primeros actos del gobierno de D. Felipe se redujeron a encomendar los principales puestos del Estado a los flamencos o naturales de Flandes que le acompañaron al venir de Alemania. El despil

farro y el desorden cundia por doquier, haciendose tanto más ostensible, quanto que sucedia al económico y buen gobierno de los reyes Católicos.

En Andalucía y en to-ro se suscitaron tumultos que anunciaban el disgusto del pueblo dispuesto a promover serios conflictos, si no los hubiese evitado el fallecimiento de D. Felipe a los dos meses de haber sido reconocido rey, cuyo accidente acaeció en Burgos, a consecuencia de haber bebido un vaso de agua mientras jugaba afanado a la pelota.

Don Fernando el Católico.

Muerto D. Felipe, fue preciso llamar, muy á pesar de algunos nobles, á D. Fernandos de Aragón, padre de la reina D.^a Juana la Loca. Este habil político quiso hacerse rogar, y por tal motivo mostro retraimiento en un principio; mas luego que llegó á noticia suya el proyectado viaje á España del Emperador Maximiliano de Alemania, con su nieto el principe Carlos, hijo de D.^a Juana la Loca, aceleró su venida á Castilla.

Durante su estancia en Nápoles, habia llevado á cabo

notables mejoras, tanto en las administraciones, como en las relaciones extranjeras, en todo lo cual fué eficazmente secundado por Gonzalo de Córdoba, á quien apellidan el Gran Capitán.

Por exigirlo D. Fernando, parece que hubo Gonzalo de rendir cuentas, de su administración, y tales y tan extrañas fueron estas, que su fama ha alcanzado hasta nuestro siglo.

Entre otras raras partidas, figuran en las cuentas del Gran Capitán las que siguen:

Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, mon-

jas y pobres, para que rueguen á Dios
por la prosperidad de las armas españolas.

Cien millones en picos, palas y azadones.

Un millon en misas de gracias y
Te Deums al Todopoderoso.

Ciento setenta mil ducados en poner
y renovar las campanas destinadas con
el continuo uso de repicar todos los dias por
nuevas victorias conseguidas contra el ene-
migo.

Y cien millones por mi paciencia en
escuchar ayer que el Rey pedía cuentas al
que le ha regalado un reino.

D. Fernando al leerlas, compren-
dió lo ridículo de su exigen-
cia, sintió haber dado aquel
paso, y prohibió que se volviese
se á hablar de semejantes

asunto.

Después de haber gobernado con justicia, administrado con lealtad y acierto, y engrandecido el poder y la influencia de Castilla, murió el rey Fernando al emprender el año de 1516, declarando heredera de todos sus Estados a la reina D.^a Juana, su hija, y muerta esta, a su nieto el príncipe D. Carlos, quedando como regente de Castilla el Cardenal El. Jimenez de Cisneros.

España constituía ya en aquella época una vasta monarquía, de que formaban parte todos sus reinos, ménos Portugal, y como agregados, Nápoles, Sicilia,

las Costas de Africa y América.

El Cardenal Gimenez de Cisneros.

Se encargó de la regencia de Castilla cuando contaba 80 años de edad; pero á pesar de ello, gozóle energía para contener á los discolos y enderezar la nave que se habia jido encomendada.

Adriano Utrech, maestro del Príncipe D. Carlos, que residia en Alemania, fué enviado por este para que se hiciese cargo del poder; pero Cisneros se mantuvo firme en su derecho, y tan sólo accedió para evitar conflictos, á darle participacion en la regencia. Conviniéron, pues, en firmar ambos todos los decretos y disposiciones, hasta que Don Carlos se clarase cuál de los dos habia de quedar definitivamente como gobernador del reino.

Don Carlos confirmó en su puesto al Cardenal, dejando como embajador a Adriano, a quien hizo obispo de Tortosa.

Desplegó Cisneros gran energía contra la nobleza, a la que quitó con un solo decreto cuantas rentas y posesiones le habían sido dadas por el rey Fernando. Poco satisfechos los grandes, se acercaron a preguntarle en virtud de qué poderes obraba así, y les contestó que en virtud del testamento de Don Fernando, ratificado por Don Carlos. Y como demostrasen disgusto, abrió un balcón de su despacho que daba vista al lugar donde tenía preparada la artillería, y previa una señal convenida con el jefe de la guardia, se hizo un disparo que indicaba obediencia y sumisión al regente. Después se dirigió Cisneros a los intérpretes, y les dijo: Ésos son mis poderes; con ellos gobernaré a Castilla hasta que

el rey Don Carlos, nuestro Señor y el mio, venga á tomar posesion de sus Estados.

Se debe al Cardenal Cisneros la fundacion de la Universidad de Alcalá, y la impresion llamada Complutense, nombre derivado del de Complutum, con que se distinguia antiguamente la ciudad de Alcalá de Henares, donde se imprimió aquella obra.

En 1517, quando se dirigia á Asturias en busca de su rey, le sorprendió en Roa la muerte, tal vez ocasionada por el veneno, impidiéndole llegar á conocer á su ilustre soberano.

Carlos I de España
y V de Alemania

Con este rey, que fué coronado en 1517 viviendo aun su madre D.^a Juana la Loca, da comien-

so en España la dinastía de Austria.

Inauguró su reinado con una política poco prudente y conciliadora, en atención á la preferencia que dispensaba á los flamencos para ocupar los primeros puestos del Estado, lo que llevaron muy á mal los españoles. Si se añade á lo dicho la circunstancia de que muerto el Emperador Maximiliano, abuelo de Don Carlos, vino éste, por elección, la corona de Alemania, para cuyo viaje pidió crecidas sumas al Tesoro público, se podrá explicar cómo se promovió tan general y uniforme levantamiento en las provincias, luego que el Rey marchó á Alemania. Reclamaban los sediciosos más que contra la real persona, contra el Cardenal Adriano, que habia quedado como regente, y contra los demas extranjeros que habian asalariado los puestos más encumbrados de la administración.

Los sublevados tomaron el nombre de Comeneceros, y los pueblos á cuya cabera se alzaron el de Comenecidades, expresando con esta palabra, ya la unidad de la idea que defendían, ya la comunidad de los intereses por que estaban unidos, ó bien la asociación formada por las ciudades que secundaron el movimiento.

Toledo fué la primera en levantarse, como habia sido la primera en protestar contra la marcha que seguía Don Carlos.

Inició su conducta Segovia.

En Zamora se puso al frente de la sublevación el Obispo D. Antonio Acuña, entendido en los negocios de la guerra, a pesar de su carácter clerical.

La insurrección se propagó con pasmosa rapidez, por Toro y Madrid, por Guadalajara y Alcala, por Soria, Cuenca y Avila, y poco despues por Salamanca, Leon y Murcia, alcanzando los disparos de aquel general incendio a Galicia y Andalucía.

Generalizado ya el movimiento, sus principales jefes comprendieron la necesidad de relacionar todas las ciudades para que marchasen acordes, y sus esfuerzos se dirigieran al mismo punto. Al efecto crearon en Avila una junta formada por los representantes que mandaban las ciudades sublevadas.

D. Juan de Padilla, general del ejército confederado, despues de poner en libertad a Segovia, que se hallaba amarrada por las tropas reales, se encaminó a Tordesillas, donde residia la reina madre, á la que pasó á saludar, dándole cuenta del estado de la nacion, y del deseo de las Comunidades. Fue tal la influencia que Padilla ejerció sobre el ánimo de D.^a Juana, que esta le nombro General, y le autorizó para que la Junta de Avila, trasladada á Tordesillas, pudiese su nombre en todas las disposiciones que tomara. Con este acto adquirieron los Comuneros notable prestigio, pero no supieron aprove-

char los momentos.

La nobleza en un principio apoyaba á los insurrectos, mas luego que se convenció de que en los propósitos de estos entraba el amenguar las prerrogativas señoriales, se puso de parte del Monarca.

Si á esto se agrega la debilidad que la Junta mostró en todos sus actos, y las desavenencias entre los mismos jefes de la insurreccion, fácil será darse cuenta de la descomposicion insensible de aquel levantamiento que cual desencadenado huracan amenazaba poco ántes arrollarlo todo.

Padilla fué destituido de su cargo, y otra vez requestrado, y favoreciendo la muerte alternativamente á los Comenidos y á los prosélitos del cardenal Adriano, frustradas las pretensiones de un tratado de paz, por haberse negado á ello la Junta, pensó Padilla en reanimar el espíritu algun tanto decaydo de sus parciales.

Con un ejército de 7.000 hombres dotado con la suficiente artillería, tomó el camino de Torrelobaton, villa perteneciente al señorío del almirante de Castilla, la cual cayó en poder de los Comenidos, pero habiendo perdido estos el tiempo dando oídos á las proposiciones de paz que les hacian los regentes, con la única mira de entretenerlos, fué debilitándose gradualmente aquel partido del cual desertaban muchos de sus miembros, para ir á reforzar las huestes del ejército real. Y habiendo recibido Padilla orden de la Junta de

correrse hacia Toro, salió de Torrelobaton el 23 de Abril de 1521. La lluvia que caía á torrentes habia estropeado los caminos, y el suelo estaba tan blando, que las herraduras de los caballos y las ruedas de los carros de la artillería que daban perfectamente marcadas, indicando al enemigo que venia en su persecucion, la ruta que llevaban. Por fin, á las tres leguas de camino, cerca de Villalar fué alcanzado Padilla por las tropas reales. Los Comendados sobrecogidos al ver encima al enemigo que no esperaban, no pudieron sujetar á sus temerosos soldados que se desbandaron. Desesperado Padilla, volvióse á tres caballeros que le acompañaban, invitándoles á que le siguiesen, y se arrojó despechado sobre el enemigo. Algunos de sus contrarios cayeron al choque de los golpes que asestaba; pero muertos sus tres valientes compañeros, y herido él, se rindió, entregando su espada á D. Alfonso de la Cueva.

Las tropas reales causaron horrible degollina en los fugitivos, cogiendo prisioneros á más de 1.000, entre ellos los jefes Padilla, Maldonado y Bravo que fueron encerrados en el castillo de Villalar, donde les fué leída al siguiente dia la sentencia de muerte.

Los sentenciados se encaminaron al lugar del suplicio montados sobre mulas embutadas, y el pregonero repetía en alta voz las siguientes palabras: Esta es la justicia que manda hacer S. M., y los

Gobernadores en su nombre en estos caballeros. Mandábanlos degollar por traidores..... Bravo, al oír esto, no pudo contener la ira, y le interrumpió para decirle. Mientes tú, y quien te lo mando decir. Y como el alcalde le mandase callar, se enfureció Bravo contestándole en frases agrias que no pudo aquel soportar, y le pegó con la vara. El enojo del reo llegó entonces al límite. Logró Padilla calmarle, advirtiéndole. Si Juan Bravo, ayer fue día de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos, y no hablaron mas hasta que estuvieron al pie del patíbulo, donde el verdugo segó las cabezas de los tres primeros mártires de la libertad española, que fueron clavadas en escarpas á la espectacion pública.

Este sangriento y doloroso drama fue, á no dudarlo, el golpe de gracia para las comunidades, y todos los esfuerzos que posteriormente hicieron, vanas ilusiones. En Toledo, D.^a Maria Pacheco, viuda de Padilla, trató de vengar la muerte de su esposo, y poniéndose al frente de los sublevados, consiguió aleantarlos por algun tiempo; pero su varonil esfuerzo se hizo ineficaz en medio del aislamiento en que el motin se realizaba. Toledo se entregó á las tropas reales, precisa una capitulacion honrosa que fue despues rota, viéndose obligada la de Padilla á huir á Portugal, donde murió pasados algunos años.

Después de la guerra de las Comunidades, ofrece especial interés en el reinado de D. Carlos, su rivalidad con Francisco I de Francia.

Nació esta principalmente de las pretensiones de ambos á la corona de Alemania, y del derecho que tanto uno como otro creían tener á los ducados de Milán y Borgoña.

Obtuvo en estas guerras Carlos I el apoyo del rey de Inglaterra. Y aunque la fortuna fué varia al principio, no tardó en inclinarse de lleno al campo de D. Carlos. Los hechos de armas fueron muchos; pero ninguno tan interesante como la batalla de Pavia.

En 1525 pusieron cerco los franceses á esta plaza que estaba defendida por Antonio de Leiva. Los españoles molestaban continuamente al enemigo con incessantes escaramuzas, y habiendo ocasionado intencionalmente un incendio en su campo durante la noche, los franceses creyeron que era un medio de ocultar su fuga; así es que se pusieron en movimientos, viendo con sorpresa que el enemigo los esperaba formado en batalla. Dio esta principio, y aunque los franceses arremetieron con notable brío, fueron rechazados con violencia, en tanto que Antonio de Leiva picaba su retaguardia.

La flor de los caballeros franceses fué sucumbiendo por defender á su rey, en tanto que la caballería del Marqués de Escara, protegida por los infantes españoles gana palmo á palmo aquel terreno que infinidad de héroes de uno y otro

bando riegan con su sangre, hasta arrollar la última fila de soldados que defendían al Monarca francés, el cual queda prisionero.

Entonces fué cuando D. Francisco escribió á su madre la duquesa de Angulema aquella célebre carta en que le daba cuenta de la derrota diciéndole: Señora, todo se ha perdido más nos el honor.

El rey de Francia fué trasladado á Madrid en calidad de prisionero, y encerrado en la torre de los Euzanes, sita en la plaza de la villa.

Las condiciones que D. Carlos imponía al ilustre prisionero para recobrar la libertad eran tan duras, que este, profundamente afectado, cayó enfermo, y aun trató de expedir un documento abdicando la corona en su hijo mayor, lo cual, de haberse llevado á cabo, hubiera dado al traste con los planes del Emperador, dejando en su poder, no ya al rey de Francia, sino á un simple caballero francés.

Tras largas gestiones, llegó á ajustarse en 1626 el tratado de Madrid, en cuya virtud quedaba en libertad Francisco I, dejando á sus dos hijos en rehenes hasta el exacto cumplimiento de todas las restantes condiciones. Mas luego que el rey Francisco se vio en libertad, olvidó la palabra que había empeñado, faltando al honor del caballero, á aquel honor que era lo único que, según su propia frase, había salvado de la derrota de Pavía.

Se unió, pues, Francisco I con el Papa, los príncipes de Italia y el rey de Inglaterra, en oposición al rey de España y emperador de Alemania D. Carlos. Manda este contra Roma al condestable de Borbon: el Papa, al verse sitiado, lanza sobre los enemigos toda suerte de excomuniones, sin que esto bastase á retraer á los sitiadores, que dieron el asalto el segundo día. Merced á una densa niebla, pudieron las tropas del Condestable acercarse al pie de la muralla; pero tal granizada de balas cayó sobre ellos que, atemorizados, retrocedieron sin atreverse á acometer de nuevo. Entonces, el Condestable creyó llegado el momento decisivo, y despreciando la vida, que postpone á la honra militar, coge una escala, y apoyándola en el muro, empiecia á subir. Las balas enemigas le envuelven totalmente, y por fin una de ellas atraviesa su cuerpo, que cae desplomado.

Indignados los soldados, pretenden vengar la muerte del General, escalan la muralla, y se esparcen por Roma, sembrando la muerte por toda la ciudad. En el primer día perecieron de siete á ocho mil romanos, viéndose el Papa obligado á refugiarse en el castillo de Sant Angelo.

Cuando llegaban á España las noticias de aquel acontecimiento, se preparaban los festejos para celebrar el nacimiento del primer hijo del Monarca. Se suspendieron las fiestas, la Corte vistió luto, el Rey escribió al Pontífice—consolándose de su desgracia, y dispuso que se hicieran

rogativas públicas por la libertad del Príncipe de la Iglesia. Claro es que esto no pasaba de una medida de alta política, pues hubiérase bastado á Don Carlos expedir una orden para que el Papa hubiese sido puesto en libertad.

La campaña siguió hasta el año 1529, en que se ajustó la paz de Cambrai, llamada también paz de las Damas, porque firmaron el tratado D.^a Luisa de Saboya, madre de Francisco I, y D.^a Margarita de Austria, tía de Don Carlos.

Esta paz fué muy poco duradera, porque Carlos y Francisco habían nacido para pelear uno con otro incesantemente. Encendiéndose de nuevo la guerra, declarándose la suerte adversa al Emperador en esta última campaña, que terminó con la paz de Crespy, favorable al rey de Francia.

Semejantes luchas, no siempre tan fecundas como de descarg fuera, originaban enormes gastos á que tenía que atender España, satisfaciendo exorbitantes impuestos que traían agobiados á los pueblos.

El descontento cundió por todas partes, y el Emperador pudo convencerse de ello por un medio tan extraño como casual.

Hallándose un día cazando en el Prado, se alejó de su comitiva en seguimiento de un venado á que logró dar caza ya en la carretera, á tiempo que pasaba un rustico con una carga de leña sobre su borriquillo. El Rey le pro-

puso que cargase el cuerno en el yumento, y lo volvió el campesino diciendo: ¿No veis que el cuerno pesa más que la leña y el asno juntos? Mejor hicierais vos, que sois joven y recio, en cargar con él. El Monarca le preguntó cuántos reyes habia conocido, y obtuvo esta respuesta Señor, soy muy viejo, y he conocido cinco. Conoci al rey D. Juan II, á su hijo D. Enrique, á D. Fernando, á D. Felipe y á este Carlos que ahora tenemos. Y, decidme, prosiguió el caballero, ¿cuál fué el mejor, y cuál el más ruin? Del mejor, repuso el labriego, por Dios que hay poca duda: El rey Fernando fué el mejor que ha habido en España, que con raxon le llamaban el Católico. De quién es el más ruin, no digo más sino que por mi fé, harto ruin es este que tenemos, y harto inquietos nos trae, y él lo anda yéndose unas veces á Italia, otras á Alemania y otras á Flandes, dejando su muger é hijos, y llevando todo el dinero de España. Disculpó Don Carlos al Emperador, y en esto llegaron algunos personajes de la comitiva, que con sus palabras y ademanes respetuosos hicieron sospechar al campesino que habia hablado con el mismo Rey; pero lejos de sobrecojerse añadió: ¿Aun si fuereis vos el

Rey, muchas cosas más os diria. Entónces se dió á conocer D. Carlos, otorgando al labriego muchas mercedes le pidiera, aunque se retiró harto pensativo, por las declaraciones que aquel le habia hecho.

En aquel mismo año de 1699 murió la Reina, siendo conducido su cadáver desde Toledo á Granada. Se encargó la custodia de los restos de la Emperatriz al Marques de Lombay, quien halló tan desfigurado el rostro de Isabel al descubrir el féretro una vez llegado á su destino, que dudó por un momento que aquella fuese la misma reina. ¡ Es esta, exclamó, es esta aquella Emperatriz tan celebrada por su hermosura, por sus gracias, por sus virtudes, gobernadora de tantos pueblos, Señora de tantos reinos, esposa de un César tan grande? ¡ qué se ha hecho aquel esplendor de su rostro, aquel semblante que la hacia aparecer un angel entre las mugeres? Tal fué su impresion que resolvió abandonar el mundo, renunciar todos sus honores, y entrar en la Compañia de Jesus, donde brilló por sus virtudes tanto que la Iglesia le venera hoy en los altares con el nombre de San Francisco de Borja.

En 1617 murió Francisco I de Francia, y D. Carlos renunció en 1655 los Países Bajos y el Franco Condado á favor de su hijo Don Felipe: en Enero de 1656 abdicó en

el mismo la corona de España, y en 1558 dejó á su hermano Don Fernando el trono de Alemania. Después de su abdicacion, se retiró al monasterio de Suste, á siete leguas de Plasencia, donde falleció dos años más tarde, ó sea, en el de 1558.

Nuevas conquistas en América.

Cortés.

La conducta generosa y resuelta de Colon, tuvo imitadores: el amplísimo campo que el desprendido genoves dejó abierto al corazon investigador fue explotado por mas de uno. En especial debemos hacer mencion de Cortés y de Pizarro.

Hernan Cortés, natural de Medellin, en Extremadura, fue designado para jefe de una expedicion que partiendo de Santiago de Cuba marchase á descubrir nuevos países. Pero la envidia de los enemigos de Cortés le malquistó con el gobernador de la Isla que le habia elegido para semejante exploracion. Nuestro extremeño, sin embargo, desatendió las órdenes del gobernador Velazquez, y prosiguió su viaje, contando siempre con la ciega simpatía de sus soldados. Ocurria esto por los años 1518 á 1519, fecha en que salió Cortés de la

Habana.

No es nuestro objeto referir los pormenores de cuanto sucedió á los españoles con los indios de Tabasco, ni con las demas tribus indigenas, que por ser hechos de poca monta, pasaremos en silencio. Baste decir que la habilidad de nuestro caudillo era envidiable para atraerse aquellos salvajes, que oponiéndosele abiertamente para impedirle la entrada en sus tierras, concluian por ofrecerle rios presentes.

En Tabasco recibió Cortés á los embajadores de Moteruma Imperador de Méjico, los cuales le llevaban grandes regalos, y el encargo de saber quien era y que quería.

Cortés contestó á los mejicanos que su venida no tenía mas objeto que ofrecerles la amistad de su Rey, y tratar asuntos de comercio que convenian á las dos naciones, á lo que replicó Moteruma que aunque apreciaba en mucho la amistad del rey extranjero, no creia conveniente que aquellas tropas pasasen á visitarle. Y no será de extrañar esta contestacion una vez sabido que los nuestros habian hecho un simula

cro en que jugaron las tres armas, infantería, caballería y artillería, que causó tal consternación a' los indios que los que no cayeron al suelo aterrados, huyeron desfavoridos a' los bosques, siendo pocos sino, los que para disimular el miedo, permanecieron inmóviles.

Insistió Cortés en su demanda, y Motecuzuma en su negativa, replicando el primero que si no obtenia en breve una contestación satisfactoria, iría él a' buscarla.

Poco despues ganó la amistad de los indigenas de la tribu de Tenempala.

Fundó la ciudad de Vera Cruz que habia de servir de centro a' sus operaciones, y despachó a' la Península comisionados que participasen al rey Don Carlos I el estado de sus trabajos y propósitos que abrigaba.

Por aquel mismo tiempo los amigos del gobernador Velazquez, que formaban parte del ejército de Cortés, trataron de organizar una conspiración para abandonar a' este, y pasar a' Cuba a' dar cuenta al primero de lo ocurrido. Descubierta a' tiempo, fueron tratados los causantes con el me-

recido rigor.

Entonces concibió el caudillo español una idea que revela toda la grandera de su alma: echar á pique las naves para que los suyos no tuviesen ocasion de arrepentirse, ni pensarían en retroceder, siendo su lema ó vencer ó morir, ya que no les quedaba mas que el enemigo al frente, y el mar á la espalda.

Atrengó á los soldados, y tal efecto hicieron sus palabras, que aun los mismos que habian pretendido fugarse juraron no abandonarle jamas. Dispusieron así los ánimos, dejó quareceida Vera-Cruz, y con 500 soldados de infantoria, 15 caballos y seis piezas de artilleria, partió en direccion á Tlascala, cuyos habitantes trocaron pronto en afecto, la rivalidad con que recibieron á los españoles.

Y deshechos otros ardidés de Moteruma, llegaron, por fin, á las cercanías de la capital, Méjico.

El Emperador salió á recibirles, trayéndole sus favoritos en andas de oro bruñido, con labores de pluma sobre-pueta primorosamente distribidas: cuatro personajes de alta suposicion llevaban, para cubrirle, un palio de plumas

verdes entrettejidas formando tela. Delante iban tres magistrados con varas de oro que levantaban en alto, como avisando la llegada del Príncipe, para que se humillasen todos, y no se atreviesen a mirarle, porque esto se castigaba como un delito a su elevada gerarquía.

Al llegar Moteruma, se apes Cortés de su caballo, en tanto que aquel, bajando de su tron, saludaba a los españoles con el mayor respeto. Cortés se quitó el sencillo collar de cuentas de cristal que llevaba, y le colocó sobre los hombros del Imperador, quien en señal de agradecimiento, agasajó a nuestro caudillo regalándole otro de oro, de incalculable precio.

Dejó Moteruma encargado a uno de sus hijos que acompañase a los españoles, los cuales hicieron su entrada en Méjico en Noviembre de 1519.

El alojamiento de los nuestros era un gran palacio, capaz de competir con el del Imperador, a cuyo lugar acudió Moteruma a visitarlos en la tarde de aquel mismo día.

Cortés le devolvió su visita, corrieron diciéndose mutuamente por espacio de algunos días. Pero no tardaron los nuestros en

comprender que los mejicanos no abrigaban en su pecho toda la nobleza que trataban de revelar en su frente; así es que los capitanes españoles resolvieron apoderarse del Emperador en medio de la Corte, como lo hicieron, trasladándole a su alojamiento.

Los mejicanos fraguaron para salvar a su Señor, una conspiración que fue descubierta por Cortés, quien obligó a Motecuzuma a decretar el encierro del promotor en una de las prisiones más seguras y terribles del Imperio.

Todos estos accidentes disgustaban sobradamente a los naturales que ansiaban llegara el día en que los extranjeros abandonasen aquel país.

Habiendo agotado Motecuzuma todos los recursos para inclinarse a los españoles a salir de Méjico, un día se revistió de enterera, y les dijo que era necesario que se marchasen, puesto que su misión estaba cumplida; a lo que replicó nuestro caudillo que estaba dispuesto a complacerle, pero que antes necesitaba construir nuevos buques para trasladar su gente, con lo cual prolongó la partida indefinidamente.

En este estado las cosas, fue avisado por Motecuzuma, de que habían llegado a la costa un

ques españoles, según se colegía de los dibujos que los señores le presentaban, y por tanto, podía regresar a España en ellos. Efectivamente, Vélaquez, el Gobernador de Cuba, enviaba 800. hombres a las órdenes de Panfilo de Narvaez para prender a Cortés.

Este procuró atraerse al nuevo jefe español, pero en vano, y tuvo que marchar a su encuentro, agregando a su huaste crecido número de indios de las tribus amigas.

Aprovechando Cortés la oscuridad de una noche tempestuosa, cayó sobre Narvaez, a quien desbarató completamente, quedando al General herido, y la mayoría de los soldados incorporados al ejército de nuestro héroe.

Los mejicanos habían atacado a los españoles que quedaron en la capital; semejante noticia obligó a los vencedores de Narvaez a volar en su auxilio. A su llegada, sostuvieron con los naturales repetidos combates, en que siempre salieron victoriosos; pero aun el mismo triunfo no podía honjearlos, dado que los indígenas cubrían con facilidad las bajas, y peleaban de refresco, relevándose sucesivamente; mientras los españoles eran los mismos hoy que ma-

nana, luchando de dia y velando durante la noche.

La furia de los indios crece por instantes; llegan a' apaltar el cuartel donde se guarecen sus contrarios, pero son rechazados por la bravura de los nuestros. Viendo Moteruma el conflicto que amenazaba, salio' al terrado del edificio, y ordeno' a' los suyos que dejasen las armas; pero lejos de obedecerle, prorumpieron en insultos contra su persona, y hasta le dispararon piedras y flechas, dejándole tan gravemente herido, que murió a' los tres dias.

Tal complicacion alcanzaron los negocios, que Cortes pensó en salir de Méjico. Mas cuando quiso llevarlo a' efecto, valido de la oscuridad de la noche, apenas habia pasado el primer puente de la ciudad la tercera parte de su ejército, viose acometido por crecidísimo número de indios que vigilaban con astucia sus movimientos, y en el instante en que le creyeron más comprometido, se avalanzaron sobre él por tierra, mientras el lago aparecia cargado de canoas que le hostigaban sin tregua.

Grande fue la mortandad que los españoles hicieron en sus enemigos; pero tambien es

cierto que ellos sufrieron importante descalabro, pues perdieron la mayor parte de los caballos, y toda aquella artillería que tanto temor había inspirado a los indígenas, y que hubieron de arrojar al lago para marchar más desembarazados.

Al llegar al Valle de Otumba, quedaron los nuestros consternados, al ver que el ejército mejicano se les había adelantado, y les aguardaba en número de 200.000 combatientes.

Cortes empujó, sin vacilar, la lucha en que contrastó admirablemente el brío de sus soldados, con la tenaz resistencia de los indios. Largo rato duraba ya el combate, cuando nuestro héroe recordó una idea a que debió un memorable triunfo.

Había oído a Moteczuma que la pérdida del estandarte real significaba para sus tropas la pérdida de la batalla. Entendió su perspicacia mirada por cima de aquella infinidad de cabezas, y pudo divisar en el centro de tan compacta masa, el anhelado estandarte.

Comunicó el proyecto a algunos de sus mejores jefes, y seguido de ellos, picó espuelas a su caballo, y se encaminó al centro del ejér-

cito enemigo, saltando por cuantos escollos se le opusieron. Por fin, llega al punto de sus deseos, y mientras con una mano juega la espada, que acaba con la vida del oficial mejicano, con la otra le arrebató el codiciado objeto.

El espanto se apodera de los indigenas al verlo, arrojan sus armas, y huyen á la desbandada, sufriendo incalculables pérdidas.

Por entonces llegaron buques y soldados que desde Cuba mandaba su Gobernador en auxilio de Don Pánfilo de Narvaes, y de los cuales supo Cortes aprovecharse con astucia.

Con este refuerzo, la ayuda de las tribus confederadas, y las embarcaciones que se hizo construir, tomó de nuevo el camino de Méjico, en cuyo viaje se cree llegó á contar á sus ordenes 200.000 hombres, cuarenta caballos, y nueve piezas de artillería. Ni un solo instante los dejaban reposar los mejicanos, que agotaron toda suerte de recursos para exterminarlos.

Una vez en el lago de Méjico, dividió Cortes su ejército en tres cuerpos, para atacar la ciudad por tierra, en tanto que los bergantines avanzaban por mar. Infini-

dad de canoas salieron a cortarles el paso; pero en su intrepidez se estrelló con la entera de nuestras improvisadas naves.

Noventa y tres días duró el asedio, y en este tiempo agotaron los sitiados todos los recursos para vencer a sus adversarios, para destruir sus embarcaciones, para privarles de la cooperacion de las tribus que les auxiliaban; pero todo en vano. Fueles menester ajustar paces, aunque lo hicieron con la doblez y falsedad que los caracterizaba, y con la única mira de ganar tiempo para reponerse, y proteger la fuga del Emperador. Cortes que lo habia previsto todo, tenía bien guardada la laguna; así es que al querer salir la huida, fue sorprendido el sucesor de Moteruma, y hecho prisionero.

Entendida la noticia entre los mejicanos, cesó toda resistencia, y la capital quedó por los españoles. Hernan Cortes regresó a España en 1528, obteniendo del rey Don Carlos I, el recibimiento que merecia, y señaladas distinciones.

Pizarro.

Un nuevo héroe produce España en 1471: Francisco Pizarro, nacido en Trujillo de padres humildes, pero con un corazón decidido y un ánimo inquebrantable que jamás le permitió retroceder.

Han luego adquirido noticias de los descubrimientos que por su época se hacían en América, se dirigió a Sevilla, y se embarcó para Ultramar.

Nada sabemos de sus primeras exploraciones por la América meridional, por hallarse envueltas en la duda de los hechos, y porque realizadas sin medios no pudieron ofrecer más fruto que inspirar a Pizarro el vivísimo deseo de penetrar en el corazón de aquellas regiones desconocidas, y de que él solo pudiese descubrir sus tesoros.

Unióse Pizarro con Diego de Almagro, soldado de fortuna, de origen también nuevo e ilegítimo como aquel, y con Hernando de Luque, sacerdote español encargado del comercio de Panamá, soldado de superiores condiciones.

toz, de prudencia exquisita y singular discrecion, que manejaba fondos de alguna importancia, todo lo cual era de esencia para la empresa que se proyectaba.

En 1525 se hizo á la vela Pizarro en un primer buque que conducia hasta cien hombres que pudieron reclutar, y en tanto, Almagro preparaba el segundo para incorporarse tan luego estuviera listo.

En el mar, sufrieron grandes contrariedades, que se acentuaron al desembarcar en el rio Pisu.

Solo Pizarro conservo su imperturbable serenidad en medio del general desaliento, siendo de minister revelar toda su calma y entereza para volver á embarcar su gente con rumbo al mediodia.

La tempestad furiosa, el buque haciendo agua por todos lados, la tripulacion sin viveres, eran cuantos infortunios podian acumularse sobre aquellos intrépidos exploradores.

Por fin arribaron á un pequeño puerto, donde solo hallaron soledad y silencio: ni animales, ni frutos de ninguna clase existian en aquella de-

siesta region, en vista de lo cual temieron morir de hambre en ella.

El espíritu general era regresar al país de donde habían salido, renunciando á exploracion tan aventurada, y para ellos fantástica; pero su jefe pudo pacificarlos, enviando el buque en busca de viveres.

La decision no dejaba de ser arriesgada, toda vez que la llegada del buque á su destino inspiraba fundado recelo.

Aprovechando aquel tiempo, trataron los expedidores de reconocer el terreno; pero su deseo quedó frustrado por los impenetrables bosques que cubrian aquellas enesapadas montañas.

Pizarro cuidaba de los suyos con solícito esmero, procurándoles alimentos, e infundiéndoles esperanza y calma, todo lo cual no bastó á impedir que más de veinte muriesen víctimas del sufrimiento.

En tan angustiosa situacion, descubrieron una luz á través de un claro del bosque, y este fue el signo que les reveló la existencia de seres humanos.

No tardó Pizarro en dirigirse hacia el parage señalado con algunos de los suyos.

hallando una pequeña poblacion indigena, cuyos habitantes huyeron asombrados a la vista de los españoles que se lanzaron sobre las chozas, apoderándose de cuantos alimentos encontraron.

Como los indigenas no recibieron daño alguno de los soldados de Pizarro, fueron aproximándoseles poco a poco, y les notificaron que a unas diez leguas de distancia existia un imperio poderosísimo.

El júbilo producido por tan feliz nueva, tomó más amplias proporciones con la llegada del buque que habian despachado en busca de alimentos, y que los traía abundantes.

Volvieron a embarcarse, dejando aquella isla bautizada con el nombre de Puerto del hambre, en memoria de la que allí padecieron. Durante esta exploracion, desembarcaron en diferentes puntos, encontrando algunas poblaciones cuyos habitantes huían al recibir la visita de aquellos tan extraños huéspedes.

Entretanto Almagro, una vez habilitado su buque, se hizo a la vela siguiendo el mismo derrotero que Pizarro, lo que le fué fácil dejándose guiar por las señales convenidas que este hizo en los troncos de los árboles. Pero como Pizarro

habia regresado à Tierra Firme, cesó Almagro de ver señal alguna, y se decidió à volver hacia atrás, hallando, por fin, à su compañero.

En este instante dan principio los preparativos para una segunda y más formal expedición. Los dos capitanes alistan sobre ciento sesenta hombres, compran algunos caballos, y bien surtidos de víveres y municiones, se disponen à embarcar en dos buques bastante mayores que los que poseyeron para su primer viaje.

Los indios de las diferentes tribus que encontraban à lo largo de la costa, se oponian à su desembarco con tenaz empeño, y fieles mercedos à los españoles comisionan à Almagro para que regresase al Panamá à pedir refuerzos de gente.

Las privaciones experimentadas por los soldados, eran continuas; pero los jefes impedian à todo trance que la noticia de sus sufrimientos llegase à Panamá, para no fomentar el desaliento. Sin embargo, uno de aquellos discurrió el medio de ocultar una carta dentro de un ovillo de lana finísima que se enviaba à la esposa del Gobernador, como testimonio de las delicadas y raras producciones de aquel país. A su vista, no sólo se negaron à Almagro los refuerzos que solicitaba, sino que se hizo à la

vela un buque con el encargo expreso de recoger á Pizarro y á los suyos.

Pizarro al recibir aquella orden, saca un punal, y trazando con él una línea en la arena de E. á O., y volviéndose hácia el S. dijo: Camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser pobres; por allá al Perú á ser ricos. Escoga el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere. Dicho esto, pasó él la raya, y le siguieron otros tres, dispuestos á obedecerle y acompañarle hasta morir.

Seis meses permanecieron en aquel lugar, y al cabo de ellos, aunque contra la voluntad del dicho Gobernador, zarparon de aquella isla, que ellos llamaron el Infierno, llegando á Timber, ciudad sumamente grande, con edificios bastante sólidos, y cuya esmerada construcción reflejaba la civilización de sus pobladores.

Uno de los indios más distinguidos manifestó gran curiosidad por ver á los extranjeros, y examinar sus trajes, sus armas y su embarcación. Pasó á bordo, y pudo estudiar minuciosa-

mente los varios departamentos del buque, cuyo objeto le fué indicado por Pizarro, que se esforzó en complacerle, regalándole un hacha que habia llamado extraordinariamente su atención, porque el uso del hierro era desconocido á los peruanos.

Y avanzando todavía hacia el S., confirmaban más y más su opinion respecto á la existencia del dilatado y rico imperio del Perú, con cuyo consentimiento resolvieron ya pedir auxilio al mismo rey de España. Fué Pizarro el encargado de comparecer ante la Corte (cuyo hecho tuvo lugar en la primavera del año 1528) llevando consigo algunos de aquellos indios, varios animales del país, primorosos tejidos, y muchos adornos de oro y plata.

Hasta Julio de 1529 no tuvo Pizarro la satisfaccion de ver aceptada por la corona su propuesta, y concedidas las prerrogativas y auxilios que pudiera apetecer.

El punto adonde dirigia sus miras era Huinobampo; pero los excesos de los españoles les habian hecho merecedores del odio de los insulares; así es que á su llegada á aquella ciudad, la encontraron desierta y arruinada, lo que produjo el descontento de la soldadesca ávida de botín.

Pizarro, para evitar mayores males, dispuso

la marcha hacia el interior de aquel vasto imperio, en que ardía la guerra civil, sostenida de un lado por Atahualpa, y del opuesto por su hermano Huisca.

Sabido por Pizarro que el Inca Atahualpa había venido a su hermano y hechole prisionero, marchó al encuentro de aquel.

El Inca invitó a Pizarro a que pasase a verle, pero envolvía en ello un doble propósito, pues cuando los españoles estuvieron cerca de la ciudad donde aquel se hallaba con su numerosísimo y disciplinado ejército, se adelantaron algunos comisionados a saludarle, y él los recibió con cierto despego.

El recelo que empezó a germinar en el ánimo de los soldados, no halló cabida en el corazón insaciable de su jefe; ni las dificultades le detenían, ni los peligros le arredaban.

Siendo que el desaliento cundía entre los suyos, se propuso jugar el todo por el todo, poniendo en vías de hecho un proyecto por demás atrevido, cual era apoderarse del Emperador.

Efectivamente, en la mañana del día inmediato al de la embajada que Pizarro mandó al Inca, pasó éste a alistarse con el cuodillo español, según había prometido.

Una vez dentro de la plaza de la ciudad en cuyos alrededores acampaba el ejército peruano, y á una señal convenida, se lanzaron los muros sobre los naturales, sin reparar en el número, causando en ellos horrible mortandad, y apriesionando al Emperador.

Comprendiendo Atahualpa que el móvil de sus vencedores no era otro sino la codicia, procuró explotar esta debilidad para quedar salvo.

En compensacion de su rescate, se comprometió á llenar de oro la habitacion donde se hallaba, hasta la altura á que él alcanzase con la mano, y cuenta que media la sala diez y siete pies de anchura por veintidos de larga, distante del suelo nueve pies la linea señalada. Con gran oportunidad, y mientras paraban los dos meses de plazo, para reunir el oro convenido, se presentaron Almagro con un reñero de ciento cincuenta infantes, y cincuenta caballos.

El oro habia llegado á la altura acordada cuando los españoles exigieron el reparto de los valores apilados, que ascendieron á mas de quinientos millones de duros de nuestra moneda actual.

En embargo de haber quedado cumplido el compromiso por parte del Inca, Pizarro se

negó á correspondet, segun la palabra que tenia empeñada, sobre cuya informalidad no puede el historiador imparcial menos de fulminar el más duro anatema.

Una segunda y más densa mancha empaña el brillo de la fama de Lizarró: el Duca hacia esfuerzos desde su prision para sublevar á sus súbditos contra los extranjeros, y esto bastó para que el jefe de los últimos exigiese un Tribunal, á su gusto, del cual formaba parte él mismo, y cuya resolución fué condenar al Emperador á ser quemado vivo; si bien se le conmutó la pena de hoguera por la de horca, en gracia á haberse bautizado, abrazando la religion cristiana.

Lizarró nombró Emperador á un hermano de Atahualpa, que murió al poco tiempo.

A continuacion, sube al trono el príncipe Mango, de la misma familia, bajo la proteccion de los españoles.

Después de pacificar el pais, subyugando á los naturales, se debió Lizarró á construir á orillas de un caudaloso rio, la ciudad de Lima, capital de aquel extenso imperio.

Mientras Lizarró se ocupaba del adelanto y progreso de su nascente ciudad, partió Almagro

gro á Chile, siendo esta la señal para que estallase una formidable conspiracion á cuyo frente se puso el Inca.

La ciudad de Lima sufrió el asedio de numerosísimo ejército de indios, y todos los destacamentos españoles fueron pasados á cuchillo.

Felizmente resistieron los nuestros hasta la vuelta de Almagro, y á su llegada huyeron los peruanos á refugiarse en las montañas.

Antes del viaje de Almagro á Chile, habian surgido entre él y Pizarro desavenencias que acalladas por el momento, volvieron á renacer, llegando ambos caudillos á un definitivo rompimiento.

Vinieron á las manos los partidarios de uno y otro, y tocoles sufrió la derrota á los del primero, viéndose Almagro cargado de cadenas, y encerrado en una fortaleza donde recibió la muerte, sin que bastasen á ablandar el corazon vengativo de los Pizarros, cuantos esfuerzos hicieron los oficiales de mas nota.

Repetidísimas veces confirma la Historia que para todo asesino hay un peñal. Los partidarios de Almagro ardian en sed de venganza: capitaneados por un antiguo amigo de aquel, llamado Juan de Rada, concurren en

asesinar a Piramo, y llevaron á cabo este nuevo crimen á los gritos de viva el Rey, y muera el tirano, dentro de la casa de este. Consecuencia de tan trágico suceso fué volver el poder á manos de los prosélitos de Almagro, representado por su hijo, quien corrió idéntica suerte que el padre.

Felipe II.

Empezó su reinado en 1556, con motivo de la abdicacion que en él hizo su padre Carlos I de España y V de Alemania. Ningun soberano de Europa podía competir con él en grandera y poderío. Sus dominios comprendían España, Portugal, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellon, los Países Bajos y el Franco Condado en Europa; Túnez, Orán, las Canarias, Fernando Pó y Sta Elena en Africa, y en América, el Perú, Méjico, S.^{to} Domingo y otras posesiones. Por eso se decía, y con razon, que no se ponía el sol en los estados del rey de España. ¡Tan grande extension ocupaban!

No le era, pues, necesario á Felipe aspirar á la ampliacion de sus dominios, que harto vastos se los habia legado su padre, sino al engrandecimiento de los poseidos. Pero lejos de tomar este principio como

pedestal de su política, quiso imitar a su antecesor en lo guerrero, y siendo ménos afortunado que el, emperó la nacion a desmerecer de su esplendor, continuando la decadencia en los reinados sucesivos de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, en que llegó al límite de su postracion.

Habia casado D. Felipe de segundas nupcias con D.^a Maria, hija de Enrique VIII de Inglaterra, en virtud de cuyo matrimonio fue Felipe proclamado rey de esta nacion, aunque perdió tal dignidad con su esposa, por haberla heredado la hermana de ella, D.^a Isabel.

La rivalidad con que siempre se miraron Carlos I de España y Francisco I de Francia, parece la heredaron, con los respectivos tronos, sus hijos Felipe II y Enrique II.

Este, unido con el Papa Paulo IV, muovo guerra en Nápoles al rey Felipe, quien pone al frente del ejército al duque de Alba. Son vencidos los aliados en repetidos encuentros, y el Duque llega a la vista de Roma. El Pontífice acepta la paz, y los franceses, en tanto, se aglomeran en las inmediaciones de la Plaza de S. Quintín, sitiada por los españoles. En sus cercanías se dió una memorable batalla, cabiendo a los

nuestros tan colmado triunfo, que ganaron cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, y todo el bagaje y artillería, haciendo prisioneros a muchas nobles franceses.

D. Felipe, que se hallaba en Flandes, pasó inmediatamente al lugar de la refriega, y ordenó se diese el asalto a la plaza.

Por haber caído esta en poder de los españoles el 10 de Agosto, día de S. Lorenzo, mandó D. Felipe construir el sumptuoso monasterio de S. Lorenzo del Escorial, octava maravilla del mundo.

La planta de esta obra admirable imita unas parrillas, en recuerdo del instrumento en que sufrió el martirio el santo patrono. El primero y principal arquitecto de esta obra monumental fue Juan Bautista de Toledo, que murió a los cuatro años de empezarla, continuándola y concluyéndola Juan de Herrera discípulo de aquel, con sujecion a los planos que su maestro le dejó. Duró la obra 21 años, habiendo ascendido su coste a seis millones de ducados, sin contar el panteón, la escalera principal y otras obras hechas posteriormente.

A la derrota sufrida por los franceses en San Quintín, hay que añadir la de Gravelinas, que les obligó a pedir la paz, entrando como condicion de

ella, el casamiento, por tercera vez, de D Felipe con D.^a Isabel, princesa de Francia.

A fines del año 1568 los moriscos ó moros bautizados de Granada, dieron principio á un levantamiento que ocasionó general trastorno.

Se les habia exigido que desechando algunas costumbres heredadas de sus padres. se identificarian en un todo con los españoles, hablando la lengua de estos, y vistiendo los propios trages. Esto bastó para que se sublevasen y nombrarían rey á D. Fernando de Valor, que en la rebelion se llamó Abenumeja; pero D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, se encargó de desbaratar completamente sus planes y su ejército.

Concluida esta guerra, fué destinado Don Juan de Austria á una nueva y colosal empresa, que habia de inmortalizar su fama. Los turcos se habian apoderado de la isla de Chipre que pertenecía á Venecia: juzgando los soberanos de Europa que esto podia ser principio de una invasion turca en sus estados, se confederaron para abatir el orgullo de aquellos, Venecia, Roma y España, y aprestándose una armada de más de doscientos buques.

con 50.000 hombres, se confió el mando al esforzado capitán D. Juan de Austria.

El combate tuvo lugar en el golfo de Lepanto, cerca de la isla de Cefalonia, coronando el triunfo a las armas cristianas. En esta batalla pelcó como bueno el nunca bien ponderado Miguel de Cervantes Saavedra, príncipe de nuestros ingenios, quedando manco en la acción, por cuya causa suele llamársele el Manco de Lepanto.

Entre los acontecimientos de este reinado figura en primera línea, por su importancia, la unión de Portugal a España.

Muerto el Cardenal D. Enrique titulado el Casco último rey de Portugal, quedó como heredero más inmediato D. Felipe, que era nieto, por su madre D.^a Isabel, del rey D. Manuel de aquella nación.

No dejó D. Felipe de tener competidores; pero poniendo al frente de sus tropas al Duque de Alva, humilló a los contrarios, y se hizo reconocer soberano del vecino reino.

También llevó sus armas contra Inglaterra. La reina Isabel protegía a los herejes, y perseguía, sin tregua, a los católicos que imploraban el auxilio de D. Felipe; y como por otra par-

te los corsarios ingleses incomodaban cuanto les era dable a los buques españoles, tuvo el rey de España motivo mas que fundado para declararle la guerra. Equipó la armada más formidable que hasta entónces habia surcado los mares, y que por lo mismo fué apellidada Invencible, se encargó de su mando el Marques de Sta Cruz, y muerto este, el Duque de Medinasidonia; pero tan horrible y desencadenada borrasca los sorprendió en el mar hasta tres veces, que dispersos los buques, sin puertos donde guarecerse, y acosados por ingleses y holandeses, experimentaron el más rudo fracaso, perdiendo casi la totalidad de las naves y de la gente.

Uno de los hechos más ruidosos que ocurrieron en el reinado de Felipe II, fué la célebre causa de Antonio Perer, secretario de Estado, acusado de haber sido el autor del asesinato de D. Juan Escobedo, secretario de D. Juan de Austria. Se hallaba el presunto criminal detenido en Madrid; pero logró fugarse, refugiándose en Aragon, su patria, y se presentó al Justicia Mayor, cobijándose bajo el fuero que aquel reino dis-

frutaba. Toda causa que en aquel Tribunal de justicia radicase, no podia ser intervenida ni fallada por juez extraño, y el que se acogia á su patrocinio, quedaba fuera de la potestad real.

Se hace saber al Monarca que el acusado está firme en su derecho, y Aragon resuelto á defender sus prerogativas y franquicias; y D. Felipe indignado, acude al Tribunal de la Inquisicion para que delate á Antonio Perez como hereje, sacandole así de la jurisdiccion del Justicia Mayor.

Conducido Perez á las cárceles del Santo Oficio, el pueblo de Zaragoza, no pudiendo tolerar que se violasen sus fueros, se amotina, liberta al apresado, y le facilita su salida para Francia.

Era á la sazón Justicia Mayor Don Juan de Lanuza, quien por haber opuesto resistencia á las tropas reales, fue condenado á muerte.

Semejante querrela ocasionó la ruina del antiguo Fuero de Aragon, que era insostenible en medio del gobierno absoluto de Felipe II.

Durante este reinado se descubrieron las islas Filipinas, que tomaron el nombre del príncipe reinante.

Falleció Felipe II en el Escorial en Setiembre de 1598, a los cuarenta y dos años de reinado.

Felipe III.

Hijo de Felipe II y de su cuarta esposa D.^a Ana de Austria, heredó el trono de su padre. Don Felipe III, pacífico por naturaleza, no imitó la conducta belicosa de su padre ni de su abuelo; en cambio aumentó los tributos, descuidó el fomento de la industria y de la agricultura, surgiendo de aquí la paralización del comercio.

Su celo religioso le inspiró sentimientos levantados en favor de la Iglesia, y extremando su fervor, le sugirió la idea de expulsar de España a los moriscos, o moros convertidos y bautizados.

Unos aplauden esta medida, en tanto que otros la condenan. Fundanse aquellos en la obligación que tenía el Rey, como Católico, de velar por la pureza de la verdadera religión; y alegan los segundos lo sensible que había

de ser para la agricultura la pérdida de 900.000 vasallos que podían ofrecerle brazos numerosos.

Pero el gran lunar de Felipe III en el gobierno fue el haber depositado su confianza en manos de un favorito, el Duque de Lerma, que llegó a ser dueño absoluto del reino, si bien cayó más tarde de su privanza, para ser sustituido por su hijo, el Duque de Uceda, rival del padre.

El hecho de armas más notable en este reinado fue el sitio de Ostende, cuya plaza se rindió a las tropas españolas que capitaneaba el marqués de Espinola.

En 1621, de regreso de un viaje que hizo a Portugal, murió Felipe III. Durante su reinado se construyó el puerto del Callao de Lima, se aumentaron las fuentes de la población de Madrid, se construyó la Plaza Mayor de la misma villa, en la cual se colocó posteriormente la estatua ecuestre del Monarca cuya historia hemos reseñado, y se empezó el panteón de los reyes en el Escorial.

Felipe IV.

A los diez y seis años de edad, y por muerte

de su padre y predecesor, subió al trono Felipe IV.

Imitando, a lo que parece, la conducta del anterior Felipe, se entregó en manos de un favorito, que lo fue el Conde-duque de Olivares.

Sostuvo guerra con Holanda, siendo la fortuna varia al principio, pero desfavorable a España más tarde.

En la guerra con Francia, perdió España más que ganó.

Los Países-Bajos, una vez muerto sin sucesión el Archiduque Alberto, debían volver a la corona de España; los flamencos se resistieron, mas fueron subyugados y reducidos a la obediencia.

En 1640 se subleva Cataluña: fueron las causas el trastorno que sentían los catalanes por el continuo paso de tropas con motivo de la guerra de Francia, y la pérdida de algunos de sus privilegios: Cataluña se erigió en república independiente, sosteniendo la guerra once años con variedad de acontecimientos, ya favorables, ya adversos, hasta que el Marqués de Mortara y Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, bloquearon a Barcelona que se entregó en 1652.

Si desafortunadamente obró Olivares con Cataluña, no fue menos desgraciada su política con Portugal. En 1640 expide una orden para que gran parte de la nobleza y numerosas tropas portuguesas marchen contra Cataluña: parece que esta orden era lo único que faltaba para que la explosión se produjera. En efecto, estalla la sublevación en Lisboa, y nuestros vecinos colocan en el trono al Duque de Braganza con el nombre de Juan IV.

Ocupado Don Felipe en sujetar a los catalanes, no atendió en los primeros momentos al fracaso de Portugal, así es que el de Braganza pudo consolidarse y hacerse reconocer hasta en el Brasil y en la India. Y aunque murió muy pronto Juan IV, la reina viuda defendió con bizarría la corona de su hijo. La campaña, una vez empezada, jamás se presentó en demasía lisonjera a nuestras armas; por el contrario, tras repetidos contratiempos, sufrieron los españoles la derrota de Villa-Viciosa, que afianzó en Portugal la dinastía de Braganza.

Carlos II.

Subió al trono, por muerte de su padre,

á la edad de cuatro años, bajo la tutela de su madre D.^a Maria Ana de Austria, que gobernaba en union de una Junta instituida por el Rey difunto. La reina madre dió entrada en la Junta de gobierno á su confesor el P. Nitard, jesuita alemán. Tan señalada predileccion disgustó especialmente á Don Juan de Austria, quien exigió la separacion del P. Nitard. La reina se vió en el imperioso compromiso de alejar de su lado á su confesor, contentándose con proporcionarle el destino de Embajador de España en Roma.

Con este motivo entró á formar parte de la Junta gobernadora, Don Juan de Austria. A los catorce años de edad se proclamó la mayoría del Rey, nombrando este á Don Juan de Austria, primer ministro, pero disfrutó breve tiempo este puesto, por haberle sorprendido la muerte.

Las disensiones de la Corte en este reinado se complicaron hasta un grado indecible, y no es de extrañar que así sucediera, si se atiende á la debilidad y encogimiento del Rey, á quien llegaron á hacerse creer que estaba hechizado. En definitiva se hecha

raron en la Corte dos partidos: el austriaco, presidido por la reina madre, y el francés a cuya cabeza figuraba el Cardenal Portocarrero.

En tanto que los cortesanos luchaban de continuo por subir al poder, las naciones extranjeras, alegando como pretexto la necesidad de conservar el equilibrio europeo, ó sea evitar que ningun estado de Europa sobrepusiese en importancia hasta poder imponerse a los restantes, dispusieron de los dominios de la corona española como se dispone del capital de una asociacion al repartirlo entre sus miembros. Este convenio les lo que se llama el Tratado de la Braya, nombre que toma de la poblacion donde se estipuló. En su virtud se asignó al primogénito del elector de Baviera, la corona de España con las Indias y los Países Bajos; al delfín de Francia, los reinos de Nápoles y Sicilia, y al Archiduque de Austria, el ducado de Milan. Mas habiendo muerto el hijo del elector de Baviera, se rectificó el tratado anterior.

El rey don Carlos protestó contra este convenio, segun lo habria hecho con el pri-

mero, y pensó en nombrar sucesor, toda vez que no tenía hijos de ninguno de sus dos matrimonios; pero tropezó con el obstáculo que las demás veces, le' saber, con las pretensiones de las casas de Austria y Borbon. Fue menester elevar el caso en consulta al Papa, quien se decidió por el Borbon Felipe de Anjou, hijo segundo del delfin de Francia.

Don Carlos otorgó su testamento a favor del Borbon en Octubre de 1700, y murió al mes siguiente de cerrarle

Dinastia de Borbon.

Felipe V.

Llegó a Madrid a principios de 1701 siendo recibido con notorias señales de entusiasmo; pero la casa de Austria que juzgaba vulnerado su indistigutable derecho a la coronal de España, se opuso al reconocimiento de Don Felipe por las

demás potencias. Austria, Inglaterra, Holanda, el elector de Brandemburgo, el duque de Saboya y el rey de Portugal, ajustaron contra Francia y España el tratado que llaman de la Grande Alianza. Así las cosas, era ya imposible todo arreglo, y dio principio la llamada guerra de Sucesión, porque en ella se peleó por la sucesión al trono de España.

La primera campaña en 1702 comenzó por la Lombardia, sin que la victoria se declarase señaladamente favorable á unos ni á otros.

En la campaña de 1704 se declaró la fortuna contraria á los Borbones. El Archiduque Carlos, el competidor de Don Felipe, desembarcó en Lisboa con 9000 ingleses. Los Borbones perdieron á Gibraltar, y en Alemania

fueron vencidos los franceses en toda la línea.

En 1705 casi toda España se resolvió por el Archiduque, permaneciendo fiel a Don Felipe, sólo Castilla.

La campaña de 1706, desastrosa para los españoles.

En 1707 ganó nuestro ejército, comandado por el Duque de Berwick, la famosa batalla de Almansa, en el reino de Murcia. El enemigo quedó con cerca de 18.000 hombres fuera de combate, perdiendo la artillería y los bagajes. Esta victoria animó a los soldados de Don Felipe, que obtuvieron en este año triunfos repetidísimos. Los reinos de Aragón y Valencia volvieron a la obediencia de don Felipe, así como también muchas ciudades de Cataluña. Jativa (en el reino de Valen-

cia) se resistió tenazmente sin admitir proposición alguna, referente a su rendición. Fue tal la ira de los sitiadores, que al penetrar en la plaza, pasaron a cuchillo a gran número de sus habitantes, asolando la población casi por completo. Después se reedificó, cambiándosele el nombre de Jativa por el de San Felipe, tomado del del Monarca.

La campaña de 1708, favorable a los austriacos.

En 1709 se dio la gran batalla de Malplaquet, la más reñida y sangrienta de toda la guerra, que costó a Francia una derrota incalculable, a pesar de haber puesto al frente de su ejército al mejor general de la Nación.

En 1710 llegó el Archiduque que Carlos hasta Madrid, cuyos vecinos le recibieron con

las puertas y las ventanas cerradas, y se negaron á proveer de comestibles á sus tropas, viéndose aclamado el nuevo soberano por algunas patrullas de muchachos y gente que por dinero u ofertas vanas se prestaban á victoriarle, aunque con tibieza. Poco satisfecho el Archiducque del frío recibimiento que Madrid le hizo, y recelando no le envolviesen en cualquier emboscada, partió inmediatamente para Barcelona, y Don Felipe entró en la capital con gran contentamiento del vecindario.

Los austriacos que habían recibido noticia de que venía sobre ellos un cuerpo de ejército francés, deseaban llegar á Cataluña, donde dominaban exclusivamente.

A este fin, y para facilitar las marchas, iban fraccionados en dos divisiones, la más adelantada a las órdenes del general Staremberg, y la otra a las de Stanhop que se quedaba a hacer noche en Brihuega. Las tropas reales, formando las marchas, lograron alcanzar al segundo cuerpo de ejército, y cortarle la comunicacion con el primero. El enemigo procuró fortificarse en la villa; pero después de una porfiada e inútil resistencia, fuele preciso entregarse a discrecion, ascendiendo a 5.000 el número de prisioneros. Se dirige inmediatamente Felipe contra Staremberg, que ya retrocedia en auxilio de Stanhop, y encontrándole en las llanuras de Villaviciosa, se empeña una de las accio-

nes más notables de la guerra, en que queda el campo por Don Felipe, que se apodera de la artillería de los adversarios a quienes persigue hasta arrojarlos de Castilla y Aragón. En estas jornadas tuvo Don Felipe a su lado al duque de Vandomía, cuya espada había perdido a su abuelo, pues atribuía las derrotas sufridas en otras campañas a la poca pericia de los generales.

En 1741 falleció sin sucesión el emperador José I, hermano del Archiduque, quien en su consecuencia heredó la corona de Alemania, Inglaterra, Portugal y las demás potencias, que favorecían la causa de Don Carlos por temor a que uniéndose en Don Felipe o sucesores las coronas

de España y Francia, adquirie-
sen superioridad marcada en
Europa, temieron que su-
cediese lo mismo con elle
mania y España, si Don
Carlos llegaba a' ceñir au-
toz. Este fue el principio
del fin de la guerra que
sucintamente resumamos.

En 1713 se ajustó el tra-
tado de Utrecht, cuyas prin-
cipales condiciones fueron
las siguientes: Que Don
Felipe de Borbon sería reco-
nocido legitimo soberano
de España y de sus Indias,
a' condicion de renunciar
por si y sus herederos a' la
corona de Francia; que
Cerdeña, Nápoles y Milán
se adjudicarian al empera-
dor Don Carlos, y Sicilia
al duque de Saboya; que
Flandes se incorporaria,
en su mayor parte, a' los

dominos de la casa de Austria, y que Inglaterra conservaría a Libia y la isla de Menorca.

En este mismo año convocó Don Felipe Cortes, que aprobaron la ley Salica, en cuya virtud se excluía del trono a las hembras, mientras hubiese herederos varones, siempre por orden de primogenitura.

En 1714 falleció la reina Doña María Luisa de Saboya, dejando dos hijos, Don Luis y Don Fernando.

Casó el rey en segundas nupcias con Doña Isabel de Farnesio, princesa heredera del ducado de Parma y de Plasencia, que después fue madre de D. Carlos, tercero de este nombre en España.

El cardenal Julio Alberoni negoció esta boda, que levó el ministerio de Estado. Convencido Alberoni de lo perjudicada que había quedado

España con el tratado de Utrecht, se propuso quitar al Emperador la parte de Italia que le había tocado, y arrancar al duque de Orleans la regencia de Francia que ejercía durante la menor edad de Luis XV, para pasarla a Don Felipe. Con este fin mandó a Cerdeña una escuadra, que en muy breve plazo se apoderó de la isla. Al año siguiente tomaron los españoles a Sicilia, peroieron levantarse contra ellos las potencias de Holanda, Inglaterra, Francia y Alemania que formaron la cuádruple alianza. Los proyectos de Alberoni puramente teóricos, se hicieron irrealizables para Don Felipe, que abandonado a sus solas fuerzas, tenía frente a sí a la Europa entera. No hubo, pues, otro recurso que aceptar la paz firmada en La Haya

en 1720, devolviendo la Sicilia al Emperador, y la Cerdeña al Duque de Saboya. Las naciones aliadas exigieron, como condicion irremplazable, la caída de Alberoni, y su salida de España.

En 1724 abdicó Don Felipe V la corona en su hijo mayor Don Luis, despues de haber pacificado el reino, y se retiró al sitio de San Ildefonso, (o la Granja); donde habia edificado un palacio con amenos y frondosos jardines. Pero Luis I, cuyas relevantes prendas anunciaban un próspero y feliz reinado, murió en aquel mismo año, volviendo D. Felipe a encargarse del gobierno.

En este segundo periodo hizo reconocer á su hijo Don Carlos habido en la de Farnesio, por heredero de Parma y Toscana. Estas negociaciones fueron

encomendadas al baron de Pijar-
da, que obtuvo en compensa-
cion el título de duque, y el
destino de primer ministro.
Sin embargo, fue tan crecido
el número de enemigos que
contra él se alzaron, que
se le hizo indispensable retirar-
se. Le sucedió Don José La-
tino, cuya sabia administra-
cion le granjeó el aprecio
universal.

En 1734 ganó Don Feli-
pe, unido con Francia, la ba-
talla de Bitonto contra los
austriacos, siendo fruto de
ella la proclamacion del
infante Don Carlos como rey
de las dos Sicilias, si bien
con la condicion de renun-
ciar Parma y Plasencia
a favor de los austriacos.
El reinado de Don Feli-
pe V es uno de los más
gloriosos que atravesó

España. Siempre se halló dispuesto el Monarca a proteger el talento y la aplicación. Restableció la disciplina en el ejército. Creó una marina respetable. Fundó la Biblioteca real de Madrid, la Academia de la lengua, la de la Historia, la universidad de Cervera, y murió en 1746, dejando el trono a su segundo hijo

Fernando VI.

Habido en Doña María Luisa de Saboya se mostró desde luego amante de la paz, y tuvo la dicha de disfrutarla completa en sus dominios. Restablecida la tranquilidad, se consagró Fernando a vivanar el comercio, aumentar la marina y extender la navegación, sin olvidar la construcción de canales y caminos para la más fácil comunicación entre

los pueblos.

Este rey fundó en Madrid la real Academia de San Fernando, encargada de velar por el cultivo de las nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, como tambien del grabado. Estableció el jardín Botánico en 1756, en su tiempo se empezó el palacio de Oriente, y su esposa D.^a María Bárbara creó el Monasterio de las Salesas para la educacion de niñas nobles.

En 1759 falleció el Rey, que habia sobrevivido á su esposa un año.

Carlos III.

No habiendo dejado sucesion D. Fernando VI, subió á ocupar el trono su hermano D. Carlos, nacido del matrimonio de Felipe V con D.^a Isabel de Farnesio. Para poder ceder la corona de España, hubo de abdicar primero la de las Dos Sicilias en su hijo.

Comenzó Carlos III su reinado pagando las deudas del Estado contraídas por su abuelo y por su padre para sostener y extinguir la guerra de Sucesion; aligeró á los pueblos las contribuciones, y ex-

lendió el dinero de sus arcas reales por las esperas más necesitadas de la nación para aliviar la desgracia de multitud de familias que alababan incesantemente à un Rey tan benigno y dadivoso.

Contrasta con esto su conducta firme en las relaciones extranjeras. En 1761 firmaron Francia y España un tratado llamado el Pacto de familia, por el cual se comprometían à tener cada uno como enemiga à toda potencia que lo fuese del otro. semejante convenio no pudo menos de alarmar à Inglaterra que veía ser sobre sí una espada amenazadora. El gobierno inglés ordenó à su embajador en Madrid que preguntase al español si aquella alianza se dirigía contra Inglaterra, y exigiera que el gabinete de D. Carlos contestase sin ningun genero de rodeos, sí ó no, porque cualquier otra respuesta la tomarian por declaración de guerra. Don Carlos mandó que à tan insolente pregunta, se satisficiera diciendo que podía el embajador retirarse como y cuando quisiera. En efecto, se retiró el embajador inglés, y el nuestro recibió orden de aquel gobierno para salir de Londres, cuyo rompimiento significaba la declaración de guerra entre las dos potencias.

En tanto que los españoles se hacian dueños

de Almeida y algunas otras plazas de Portugal, cuya nacion se habia declarado por los ingleses, estos se apoderaban de la Habana y de Manila. Felizmente en el año 1763 se firmaron las paces entre las tres potencias que estaban en armas.

En 1766 se habia publicado un decreto prohibiendo el uso de sombreros chambergos, que debian ser sustituidos por los de tres picos, y mandando que nadie llevase capa larga, sino solo hasta media pierna. Esto promovió un fuerte motin, del cual orujo librarse el rey huyendo á Aranjuez; pero los sublevados le hicieron saber que nadie atentaria contra su real persona, con tal que mandase salir de España al marqués de Esquilache, á quien atribuian el famoso decreto titulado de las capas y sombreros.

En 1767 dió orden Don Carlos para que fuesen expulsados de la Peninsula los jesuitas, medida que se llevó á efecto con el mayor sigilo, embarcándolos á media noche el 1.º de Marzo en Madrid y el 1.º de Abril en lo restante de la monarquía.

Las expediciones del marqués de la Romana contra los argelinos fueron desgraciadas para nuestra marina, teniendo idéntico resultado las que se dirigieron posteriormente contra Inglaterra, y en especial el bloqueo puesto á Gibraltar por los nuestros auxiliados

por los franceses.

En 1788 falleció á los 72 años de edad y 29 de reinado, Don Carlos III, protector decidido de las artes, de la industria y del comercio, y cuyo reinado fué el más feliz que tuvo España desde Felipe II. Dijo establecido el colegio de artillería de Segovia, elevó la marina á una altura respetable, introdujo en el ejército la táctica prusiana, tenida entonces por la mejor de Europa, fundó las sociedades económicas de amigos del país para que promovieran los adelantos de la agricultura, del comercio y de las artes. En su tiempo se abrieron los canales de Murcia y Aragón, se instituyó la orden de la Inmaculada Concepción ó de Carlos III, se establecieron los estudios de San Isidro de Madrid, hoy Instituto de segunda enseñanza. En la capital se conservan diferentes monumentos que atestiguan su decidida protección á las artes: baste citar la sumptuosa puerta de Alcalá, que hoy miramos como obra monumental y maestra.

Carlos IV.

Entró á reinar en España tan luego murió su padre Carlos III. Su carácter bondadoso, su nobleza de sentimientos y su instrucción bastante es-

merada, daban derecho á presagiar una era de bienandanza, continuación de la que habia atravesado su predecesor. Y tanto más era de esperar que así sucediese, cuanto que Carlos IV conservó el ministerio de Floridablanca, que habia organizado su padre, como merecedor de la confianza más omnimoda. Pero la Revolución francesa que estalló en 1789, que llegó á conducir al suplicio á los mismos reyes Luis XVI y Maria Antonieta, turbó el sosiego de España. Floridablanca, al ver guillotinar por la Revolución á los dos ilustres monarcas de Francia, que pertenecian á la familia de los Borbones, juró que los reyes de España deben vengar la muerte de aquellos, declarando la guerra á Francia. El conde de Aranda, presidente del Consejo de Estado, se opone á la declaración de la guerra: cae Floridablanca y le substituye el conde de Aranda.

Ninguno de estos dos personajes era, sin embargo, el predestinado para regir los destinos de España en el reinado de Carlos IV. Un oficial de Guardias de Corps, Don Manuel Godoy, se habia ganado el afecto de los reyes, y en particular el de Maria Luisa, esposa de Carlos IV. Esta Señora, dádovsa con Godoy, más de lo que permite el decoro, le procuró el título de duque de Alcudia, y muy en breve el puesto de

primer ministro.

Francia nos declaró la guerra el 7 de Marzo de 1793, y nosotros lo hicimos el 23 del mismo mes. Nuestros ejércitos lucharon con intrepidez y fortuna, pero era imposible sostener la guerra contra aquella nación que multiplicaba sus soldados como por ensalmo, y contra unos republicanos que se batían a la desesperada, por sacar a salvo su bandera. En vista de las ventajas obtenidas por los franceses en Cataluña, se pensó en ajustar la paz, que llegó por fin a estipularse en Basilea en 1795, valiéndose a Godoy esta transacción el título de Príncipe de la Paz. Al año siguiente celebró Godoy un tratado ofensivo y defensivo con la República francesa, que nos comprometió a luchar contra Inglaterra, y acarrió, en su consecuencia, una gran derrota sufrida por nuestra marina en el combate de Trafalgar, año 1805.

Napoleon, elevado a la dignidad de Cónsul francés, desde cuyo puesto ascendió a Emperador, concibió el propósito de destronar la Casa de Borbon de España, y la de Braganza de Portugal, para entronizar a sus dos hermanos.

Godoy que por aquella época estaba ya enlazado en matrimonio con la hija mayor del infante D. Luis, dividió en lozananza los tratos-

nos que amagaban, y pensando buscar un ministerio que robusteciese su autoridad, llamó á Saavedra y á Borellanos, reclamados por la opinion pública. Aquel fué un ministerio relámpago, porque en breve fué desterrado Saavedra, y Borellanos reducido á prision, volviendo á encargarse del poder Godoy, como ministro universal.

Queriendo Napoleon llevar adelante la idea que hemos anunciado, exigió de España el cumplimiento del tratado de Basilea, en cuya virtud reclamaba 25.000 hombres, y en tanto suscitaba discusiones entre el Rey y el Principe de Asturias, á quien se atribuian intenciones de destronar á su padre. En efecto, Don Fernando habia escrito al Emperador llamándole el mayor de los héroes de los siglos, pidiéndole por esposa á una parienta suya, y prometiéndole no casarse sin su consentimiento. Al propio tiempo, escribia con fecha en blanco al duque del Infantazgo, nombrándole Capitan general de Castilla la Nueva, muerto que fuese el Rey. Godoy, enemigo implacable del Principe Fernando, descubrió sus intenciones y trabajos, y pudo avisar á su padre, quien dió un decreto al siguiente dia, acusando al hijo. Arrestado el Principe de Asturias, y presos todos sus allega-

dos, comenzó la famosa causa del Escorial. El Príncipe espantado de su propia obra, se arroja á los pies de la reina, y confiesa todo lo sucedido. La carta que Fernando había escrito á Napoleon, sobreceja el ánimo de Don Carlos y de Godoy, que tenían háberse las con tan formidable enemigo. Se comprometió al Príncipe á escribir dos cartas unidas dirigidas á los reyes, en las que revelaba sus faltas, y pedía perdón. Las cartas fueron publicadas, y el perdón concedido. Continuando la tramitación del proceso, se obligó al Fiscal á pedir la pena de muerte para Don Fernando; pero por haberse las pruebas, fué, al cabo, declarado inocente y puesto en libertad.

Napoleon, so pretexto de ocupar el Portugal, había introducido en España un formidable ejército á las órdenes de Murat.

Aterrado Don Carlos, trató de huir á Méjico con su familia, pero el viaje fué interrumpido por el memorable motin de Aranjuez, en Marzo de 1808.

Brutado el pueblo con la debilidad del Rey, el desacierto del favorito y la oradía de Napoleon, al tener conocimiento de que la familia real, que residía en Aranjuez, trataba de trasladarse á Méjico, promovió una sublevacion furiosa que las tropas toleraron, por-

que la veían fundada y justa. La plebe asalta la casa de Don Manuel Godoy que no encuentra otro medio de librarse de las turbas sino escondiéndose tras un rollo de esteras. Devorado por la sed, acierta a salir al segundo día, pero con tan mala suerte, que en el primer salon que trata de atravesar, es convidado por uno de los oficiales de guardia, que le detata. Hecho prisionero, es trasladado al cuartel de guardias de Corps, siempre amenazado por la plebe furiosa e indignada. Para Fernando a la prision del favorito, y le dice que le perdona la vida. Repuesto Godoy, le replica, ¿sois ya rey? - No, pero lo seré muy pronto, contesta Don Fernando.

En tanto, los amigos de este abultaban al padre el estado de la sublecion, con la mira de infundirle temor e inclinarle a renunciar el trono. Viéndole dudar, hicieron correr la voz de que Godoy iba a ser conducido a Granada, y esto bastó para exacerbar nuevamente al pueblo, que hizo pedazos un coche que casualmente habia a la puerta del cuartel en que aquel se hallaba detenido. Por fin accede Don Carlos a resignar la corona en su hijo, a condition de que ningun dato se hiciera al favorito, antes bien se le pusiera en libertad. A aquella misma noche firmó el rey su abdicacion, siendo aclamado sucesor suyo el Príncipe de Asturias.

Fernando VII.

A los pocos dias de renunciar Carlos IV la corona, ve Madrid entrar por sus puertas un ejército francés acandillado por Murat: retracta Carlos IV su abdicacion, forzosa segun él, y sale para Bayona a ponerse a las ordenes de Napoleon, siguiéndole muy en breve su hijo Fernando, que desoyó los prudentes consejos de cuantos le exhortaron a desistir de tan temerario viaje.

La pluma se resiste a describir los escandalosos sucesos y lamentables escenas que tuvieron lugar en Bayona: baste decir que Fernando VII a presencia de Napoleon, abdica en su padre Don Carlos, y este en el mismo lugar a favor de Francia que se apresura a ceder la usurpada corona de los reinos, a su hermano José Bonaparte, rey de España, aunque intonso.

Mas lo que la oradix del primer

Bonaparte y la imbecilidad del casto de los Borbones convinieron, no lo ratificó la nación española que protesta indignada en el famosísimo día 2 de Mayo de 1808, al saber que ha cambiado de dueño por la infamia y la traición. Nun quedan vestagos de la familia real en Madrid; pero al emprender la marcha para Francia de órden superior, el pueblo que sabe ya la pervisión del rey fernando, ardiendo en coraje, se abalanza, cual leon ofendido, sobre el coche que ha de trasportarlo, y corta los tiros. Hacen fuego los franceses sobre el indefenso pueblo, y comienza la famosa guerra de la Independencia, que mantenida por espacio de seis años con fortuna ya adversa ya próspera, había de salvar nuestra nacionalidad. Más de 180 acciones de guerra sostenidas por un pueblo sin ejército, sin armas, sin organización, sin rey, enseñaron a Europa que los españoles, legítimos sucesores de los héroes de Sagunto y de Numancia

sin haber degenerado, no se dejan sopur-
 gar por viles agresores, prefiriendo una
 muerte violenta a una imposicion ex-
 tranjera, siquiera sea esta la del Capitan
 del siglo XIX. Ametrallado el pueblo
 en las calles de la capital, muertos trai-
 doramente al pie del cañon los valien-
 tes oficiales de artilleria D. Antonio Davis
 y don Pedro Velarde, encerrada en los
 cuarteles la escasa guarnicion que pu-
 diera secundar el levantamiento de los
 paisanos, sucumben estos ante el numero
 decuplicado de los franceses, para resu-
 citar gloriosos en toda España, que res-
 pirando ira se alza enal un solo hom-
 bre para vengar los fusilamientos
 de la montaña del príncipe Pio y del
 Prado, hechos por los franceses en per-
 sonas indefensas, sin respetar sexo,
 edad, ni condicion. Tan bárbaras eje-
 cuciones obedecieron a un bando de
 Murat, cuñado de Napoleon y gene-
 ral en jefe de los ejercitos invasores,
 en el cual disponia que se quitase
 la vida a cuantos habitantes de Ma-

Arid se les encontrara algun arma, por insignificante que fuese. No importa, es el grito adoptado en esta titánica lucha contra los franceses, como antes lo fuese Santiago y cierra España contra los musulmanes. Este no importa laureado en el corazon de la monarquía llega a sus más remotos confines y entusiasma a las ciudades y a las aldeas, cuyos habitantes, aunque reclutas, obtienen los triunfos de Bailen y de Albuera, de Trarales y San Marcial, y sostienen los sitios de Sagora y Gerona, páginas inmortales que registra la historia de la edad moderna, y que son la admiracion y la envidia de los siglos.

Tropas bisoñas mandadas por Reding y Castaños abaten por vez primera el orgulloso vuelo de las águilas imperiales en la memorable batalla de Bailen, que despertó a Europa de su marasmo para convencerla del error en que se hallaba al suponer que los granaderos de Napoleon eran inven-

cibles. 2200 muertos, entre ellos el general Gobert, 4.000 heridos y 18.000 prisioneros hechos a los franceses el 19 de Julio de 1808 en las llanuras de Bailen, dan testimonio de esta verdad. Tres generales muertos, herido el general en jefe Marmont, dos águilas y seis banderas cogidas en Arapiles el 29 de Julio de 1812, confirman el mismo hecho. El 31 de Agosto de 1813, ocho mil hombres fuera de combate, 150 piezas de artillería cogidas, inmenso botín y el intruso José Bonaparte hermano de Napoleón huyendo a Francia, probaron al mundo la valentía e inflexibilidad de este pueblo abatido, pero no humillado; exánime, pero no deshonrado.

Mas no todo fueron triunfos, como los citados, porque el 19 de Noviembre de 1809 sufrimos la derrota más considerable de toda la guerra.

60.000 hombres mandados por el general Arceizaga, que com-

ponían el ejército del centro, el más brillante por su número y disciplina, fueron deshechos literalmente en la infausta batalla de Ocaña; por mas que en ella se consumaron rasgos aislados de valor que rayan en lo increíble. Culpa fue de nuestros generales que habian reunido más tropas que las que estaban acostumbrados a mandar. Los guerrilleros, por otra parte, (tipos que conviene estudiar con alguna atención), fueron los que más contribuyeron con su amor patrio, su conocimiento del terreno, y su valor a toda prueba, al triunfo definitivo de nuestras armas, llegando a ser el terror de las saqueadas huestes francesas los nombres de Mina, Lopez Dator, el Empecinado, Balazca y otros muchos que sería prolijo enumerar. Y mientras la mayoría de la na-

cion vertia generosamente su sangre en defensa de la religion, de la patria y del Rey, y hacia morder el polvo a los invasores, las Cortes reunidas en Cadix, en Marzo de 1812, confeccionaban su famoso código, que discurrido bajo el fragoroso estruendo de las bombas francesas inauguró la primera época de la monarquía constitucional. Estas Cortes desestaron la nulidad de todo tratado que pudiera suscribir Fernando VII durante su cautiverio en Francia, votaron la abolición del Tribunal de la Inquisición, y resolvieron no reconocer al rey fernando en tanto que no jurase esta misma Constitución.

Bonaparte, viendo destruidos sus ejércitos, abdica en 1814, dejando a fernando VII en libertad el 24 de Mar

no del mismo año, día en que pu-
so de nuevo el vuelo español.

El 4 de Mayo publica su cé-
lebre manifiesto, en que no
obstante su real palabra y
empresada de respetar lo
hecho en su ausencia, anu-
la cuanto las Cortes habían
decretado, y ofrece solemnemen-
te la convocatoria de otras nue-
vas, que estuvo muy lejos de
reunir. Horrible e insensata
persecucion empezaron a
sufrir cuantos habían con-
tribuido a poner en vigor
la Constitucion del año 12,
como igualmente los avan-
cesados, sin hacer diferen-
cia entre unos y otros para
la aplicacion de las penas.
Habiendo dado el gobier-
no tan desacertada direc-
cion a los negocios públicos,
nuestras inmensas, a la
par que ricas posesiones de

América se sublevaron y logran emanciparse despues de la batalla de Ayacucho ganada a los españoles por Suere, la cual consolidó al año siguiente (1825) la independencia de las colonias españolas en América.

El comandante Riego se habia sublevado en Cabezas de San Juan el 1.º de Enero de 1820, proclamando la Constitución del 12, y esta insurrección encuentra eco en la Coruña, Naragora, Barcelona, Pamplona y hasta en la misma capital de la monarquía. El Rey atemorizado decreta el 7 de Marzo el restablecimiento de la misma Constitución que habia antes declarado de ningún valor, y presta juramento de acatarla y cumplirla como el último de los espa-

toles, conspirando, sin em-
 bargo, a la sombra, con su
 camarilla para derribarla,
 como lo prueban las mu-
 chas partidas realistas que
 se levantaron en contra
 de ella, la sublevacion de la
 guardia real en el Pardo,
 que viniendo sobre Madrid
 fue abiertamente rechazada
 por la milicia nacional,
 y sobre todo, el congreso en
 ropero de Verona, cuya pro-
 teccion solicito ocultamente
 el Rey, a consecuencia de lo
 cual vinieron otra vez a
 España 100.000 franceses acan-
 tallados por el Duque de
 Angulema. El Rey publi-
 co el 1.º de Agosto desde Ca-
 dix un celebre decreto, exhor-
 tando al pais a la defensa
 de la libertad y de la Constitu-
 cion contra las feroces huestes
 extranjeras, (y palabras tectra-

les con que calificaba la inter-
vencion del duque de Angulema).

Solo en el Trocadero (que
despues de todo cayó en su poder)
encontró este una resistencia
formidable por parte de la
milicia nacional de Madrid,
que habia acompañado al
Rey y al gobierno hasta Cadix.

El 3 de octubre del mis-
mo año (1823) publicó Don
Fernando un nuevo y mas
célebre manifiesto decretan-
do la nulidad de todo lo he-
cho desde el 7 de Marzo de 1820,
y declarándose segunda vez
rey absoluto.

Las persecuciones del año
14 se reprodujeron con
mas encoro, imperio
completa arbitrariedad, lle-
naronse de expatroles las
prisiones, y subieron al
patibulo centenares de vic-
timas, entre ellas Don Rafael

del Riego, no obstante el olvido á lo pasado prometido por el Rey en su ya citado manifiesto.

Sublévase Cataluña á favor del partido más reaccionario, y tiene que acudir el Rey en persona, logrando apaciguar la insurrección.

Tormentas de sangre hizo correr el Conde de España, á pesar de haberse acogido los sublevados á la real clemencia.

Las Cortes de 1789 habian abolido la ley Sálica establecida por Felipe V, no sin gran oposicion y repugnancia por parte de los miembros de ellas; mas este acuerdo habia permanecido en secreto hasta que sintiéndose en cinta Doña María Cris­tina, cuarta mujer de Fernando VII, se hizo publica

por la influencia de dicha Señora. El nacimiento de la infanta Isabel, después reina, ocurrido en 10 de octubre de 1830, justificó la previsión de la madre.

Jurada la infanta Isabel como princesa de Asturias, el 20 de Junio de 1833 en la iglesia de San Jerónimo del Prado, el infante don Carlos, mal apellidado el V, hermano de Fernando VII, se niega a reconocerla como heredera del trono que creía pertenecerle de derecho.

De esta rivalidad surgió después de morir el rey Fernando, en 29 de Setiembre del mismo año 33, la guerra civil que por espacio de siete años ensangrenó

to a España, logrando, al cabo, el partido liberal afianzar la corona en las sienes de

Isabel II

Aun no contaba tres años de edad, cuando heredó de su padre el trono español, bajo la regencia de su madre Doña Maria Cristina.

Dos acontecimientos principales señalaremos en este reinado: la infansta guerra civil, llamada comunmente de los siete años, y la gloriosa guerra de Africa, en que despues de tres siglos vio Europa reverdecer los laureles obtenidos por nuestros mayores contra la morisma de allende el estrecho, que habia ultrajado nuestra bandera.

El año 34 encendió en las provincias Vascongadas la fratricida lucha. Don Carlos, tío de D. Isabel, siendo los sucesos más notables el sitio de Bilbao, puesto por Zumalacárregui, y levantado, despues de año y medio, por el general Espartaco, que seguia el partido de la Reina, y el convenio de Vergara, arreglado en secreto por el general Zavala con Maroto, que defendia a Don Carlos, llevado a efecto el 30 de Agosto de 1839.

Con este convenio concluyó la guerra en el Norte, pero

el general Cabrera se defendió en Valencia y Aragón hasta el 6 de Julio de 1840, día en que se refugió en Francia con los restos del ejército carlista.

El día 25 de Agosto de 1859 los moros de la Kabila de Anghera derribaron las armas de España, y demolieron los pilares que marcaban la línea divisoria entre su territorio y el nuestro: este fue el motivo de la llamada guerra de Africa. Durante la campaña sostuvieron nuestras heroicas tropas 26 acciones de guerra, y obtuvieron el mismo número de victorias, siendo las más notables la de los Castillejos, la de Cabo Negro y la de Tetuan, tremolando orgullosa la bandera española sobre la alcazaba de Tetuan el memorable día 6 de Febrero de 1860. Humillados los moros, solicitaron la paz, que les fue concedida bajo condiciones que se estipularon. Los generales que más se dieron a conocer en esta guerra fueron O'Donnell y Prim: aquel por su gran talento militar, este por su arrojo. En segundo término, Ros de Olano y Echagüe.

La marcha política de la nación durante la minoría de la Reina fue en extremo agitada. D.^a Maria Cristina se vio obligada a salir de España, y las Cortes convocadas por el Ministerio-Regencia votaron para regente al general Espartero. El partido moderado se oponía al gobierno de aquel, de cualquier modo que procediese, y aun muchos progresistas le servían de remora por temer a una dictadura militar.

Del 45 al 49 se multiplican los pronunciamientos, que por fin lanzan del poder a Espartero, quien se embarca para Inglaterra.

Al ministerio Gonzalez Bravo, sucedió el de Narvaez.

Las Cortes de 1845 declararon mayor de edad a la reina, la cual casó en 1846 con su primo Don Francisco de Asís Borbon.

No podemos entrar en pormenores sobre la época de la mayoría de Isabel II, que ciertamente no tuvo nada de tranquila.

En Setiembre de 1868 fue destronada la Reina, retirándose a Francia.

Al Gobierno provisional, siguió la monarquía de Don Amadeo I de Saboya, que duró dos años.

Por renuncia de Don Amadeo, se proclamó la República, y últimamente ha sido aclamado rey de España Don Alfonso XII, hijo de D.^a Isabel II, cuya señora abdicó en el extranjero sus derechos a favor de Don Alfonso, nacido en 28 de Noviembre de 1857.

Fin de la obra.

Indice de la segunda parte.

Páginas.

| | |
|--|------|
| Reinado de los Reyes Católicos | 3 |
| Descubrimiento del nuevo mundo | 36 |
| Casa de Austria. Felipe I | 32 |
| Don Fernando el Católico | 34 |
| Carlos I de España y V de Alemania | 40 |
| Cortés | 52 |
| Pizarro | 63 |
| Felipe II | 74 |
| Id. III | 83 |
| Id. IV | 82 |
| Carlos II | 84 |
| Dinastía de Borbon. Felipe V | 87 |
| Fernando VI | 99 |
| Carlos III | 100 |
| Id. IV | 103 |
| Fernando VII | 109 |
| Isabel II | 122. |

Erratas importantes.

1.^a parte.

En la página 39, línea 14 dice Escorigildo,
y debe decir Hermenegildo.

En la página 40, línea 3.^a dice naciones
católicas, y debe decir ciudades católicas.

En la página 87, línea 1.^a dice Don Rodrigo,
y debe decir Don Ramiro.

En la 85, línea 7 dice unido a su madre
y debe decir unido aquel a su madre.

En la pág.^a 100, líneas 9 y 10 dice verda-
dera decencia y debe decir debida
decencia.

En la pág. 116, línea 19, dice Pablo IV, y
debe decir Pedro IV.

2.^a parte.

En la pág. 29, línea 16, dice esforzada, y de-
be decir animosa.



